


# ¡RANKO!

## CONTRA LOS DIOSES DEL ODIO

Jerry Ranko, one-man-army, una infalible masa muscular al servicio de USA, llega a tiempo para frustrar él solito el secuestro de un avión de la TWA. Se infiltra en mitad de una nube de humo y acaba con 8 terroristas aéreos entre bostezos, justo el día anterior a sus vacaciones. Pero entonces el Gobierno le comunica que, de vacaciones, nada: el presidente de la URSS y del gobierno chino han sido raptados por una misteriosa coalición maligna, y nadie sabe cómo ha sido. Ranko viaja a Singapur y se reencuentra con su viejo colega en Vietnam, Bruce Vincent, y tranquilamente, en un par de días, infiltrándose en los bajos fondos y gracias a la información de la reina del hampa Jade Blue, desmantelará una secta secreta llamada Los Dioses del Odio y abatirá a sus cientos de soldados fanáticos en pleno sacrificio ritual de los líderes mundiales al dios Kera, el Mono Asesino, justo antes de que se desencadene la IIGM. Fumaderos de opio, mongoles con lanzacohetes, luchas de helicópteros, islas ocultas en el archipiélago indonesio, el Krakatoa redivivo, viejos camaradas convertidos en achivillanos… Nada de esto detiene a Ranko, que se desayuna ejércitos con el torso desnudo. Trepidante cima exploit del maestro Curtis Garland, todo parecido con John Rambo es pura coincidencia.




Curtis Garland

# Contra los dioses del odio

## Bolsilibros - Indiana James - 51

**ePub r1.0**
**LDS** 02.06.18

Título original: *Contra los dioses del odio*
Curtis Garland, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# GRANDES



# AVENTURAS

# CAPÍTULO PRIMERO

El avión reposaba bajo un cielo de fuego, como un ave inerte, calcinándose en medio del desértico aeropuerto.

Era un verdadero coloso de los aires, un poderoso reactor de gran capacidad, perteneciente a una empresa de las líneas aéreas norteamericanas de la TWA.

Alrededor, lejos de la nave, el cerco de vehículos blindados, de coches militares, de tiradores de élite con el arma dispuesta para cuando llegase el momento oportuno. Cascos de acero moviéndose al sol, uniformes de un lado para otro. Nerviosismo, tensión. Y algo más allá, reporteros, cámaras de televisión y de filmación, tomando la escena bajo un sol de justicia, implacable y cegador. Más allá de las escasas edificaciones de los hangares en el desierto, la llanura arenosa del país árabe donde tenía lugar la dramática espera.

Y dentro del avión, entre los doscientos setenta y nueve pasajeros, los captores del aparato, los terroristas del aire, dueños de la situación, jugando con las vidas de sus rehenes, empuñando fusiles ametralladores modernísimos o granadas de mano prestas a hacer volar por los aires al avión con su pasaje y sus secuestradores.

El silencio alrededor casi podía masticarse de puro sólido y tangible. Los rostros eran máscaras lívidas, tensas, esperando, siempre esperando… e incluso desesperando.

Eran las doce del mediodía, hora local. Era la hora. El final del plazo. Los piratas del aire habían sido claros en sus exigencias:

—Si no se nos facilita combustible suficiente para reanudar la marcha antes de las doce del mediodía, comenzaremos a arrojar rehenes muertos por la portezuela del avión.

Y todos sabían que aquellos fanáticos estaban dispuestos a cumplir sus amenazas.

—Tenemos que ceder —dijo al mirar su reloj y ver las agujas superpuestas sobre las doce el enviado especial del Gobierno del país elegido por los piratas para tomar tierra.

—Eso me temo —jadeó un militar.

Había sido un aterrizaje forzoso, provocado por la falta de combustible suficiente para llevar a cabo sus objetivos. Y ahora, debían permitirles seguir viaje, o empezaría la masacre.

Un hombre canoso, de impecable traje crudo y sombrero de igual color se destacó del grupo de espectadores de primera fila, acercándose a los responsables militares que circundaban el aparato, con gesto entre cansado y tenso, mientras se enjugaba el sudor del rostro con un pañuelo. Su voz sonó crispada al hablar con el jefe de la operación:

—Hay que hacer algo, coronel. No podemos dejar que esa gente asesine uno por uno a mis compatriotas…

—Lo sé, señor Walters —se volvió el militar de facciones curtidas, levemente oscuras, clavando sus negros ojos en el alto funcionario norteamericano destacado a aquel lugar por las autoridades estadounidenses—. Y créame que deseo tanto como usted que eso no ocurra. Mi país es responsable de todas esas vidas, pero los secuestradores sabe usted que no se conforman sólo con el combustible. Exigen la libertad de cincuenta hombres condenados y encarcelados por terrorismo y crímenes diversos, pertenecientes a su misma facción política. Nuestro vecino país tiene a treinta y dos de esos hombres, pero los otros dieciocho están en poder de sus autoridades, recuérdelo. Y Washington ha negado ya rotundamente su puesta en libertad. ¿Cree que en esas circunstancias los secuestradores aéreos van a respetar las vidas humanas de ese avión, incluso dándoles el combustible que piden para volar al país que les protege políticamente?

Walters se encogió de hombros, sudoroso, pálido, alterado.

—No lo sé, la verdad. Pero conviene ganar tiempo, coronel…

—Es justamente lo que estamos haciendo —dirigió un gesto a uno de sus subordinados que, rápidamente, dispuso un megáfono para dirigirse a los piratas del aire. El coronel se aproximó al amplificador con gesto adusto, comenzando a hablar en voz alta, que retumbó en todo el aeródromo del desierto:

—¡Escuchen los del avión! —tronó su voz en lengua árabe—.

¡Estamos esperando respuesta del emirato y de los Estados Unidos para anunciarles la decisión adoptada respecto a los presos encarcelados! Igualmente, espero instrucciones de mi Gobierno para proceder a proporcionarles el combustible solicitado. Pero aunque he exigido premura en las respuestas, aún debo esperar unos minutos, no más de quince o veinte como máximo. Les ruego tengan paciencia y me concedan ese plazo. Soy bastante optimista respecto a la solución satisfactoria de ese problema para todos.

—Más le valdrá, porque el plazo inicial se ha cumplido —respondió una voz desde la cabina del piloto—. Nosotros siempre cumplimos nuestra palabra. Uno de nuestros camaradas tiene ya puesta su arma en la nuca de un viajero, como le anuncié antes.

—¡Aguarden, por Alá! —clamó el militar árabe angustiado.

—¡Por el amor de Dios, aún no! —jadeó el enviado norteamericano, pálido como un cadáver.

Dentro del avión sonó un estampido. Todo el círculo de hombres en torno al ave metálica se estremeció. Hubo un intercambio de miradas llenas de horror. Un silencio angustioso siguió al estampido de arma de fuego.

Y, de pronta, se abrió la portezuela del aparato. Un cuerpo fue arrojado fuera… Cayó sorda, pesadamente, sobre el suelo del aeródromo. Y allí se quedó, inmóvil, mientras la portezuela volvía a cerrarse.

—Dios, no… —susurró Walters, demudado.

—Me temo que lo hicieron —susurró el árabe—. El primer rehén ejecutado…

Ya un vehículo militar rodaba hacia el llano, hasta detenerse cerca del avión. Bajaron de él dos soldados árabes que recogieron el cuerpo tendido en el cemento, para conducirlo rápidamente a bordo de su vehículo.

Cuando llegaron con él junto al coronel y a Walters, ambos pudieron comprobar lo que temían: el viajero, un hombre de edad madura, recia complexión, estaba muerto. Una potente bala le había reventado el cráneo, entrando por la nuca. Walters extrajo de un bolsillo de sus ropas el pasaporte norteamericano. Lo hojeó, tembloroso.

—Frank H. Riordan, de Albany, Nueva York. Cincuenta y dos años. Industrial. Dios mío… ¿Qué hizo para merecer este final?

—El terrorismo no conoce razones, señor Walters —sentenció el coronel, amargamente—. Esa gente son fanáticos políticos y religiosos, integristas musulmanes de una peligrosa secta apoyada por ciertos países árabes que ambos conocemos bien. Lo peor es que cada media hora seguirá uno. Es preciso hacer algo.

—Sí, pero ¿qué? Ni el emirato ni Washington van a ceder. Y asaltar ese avión podría producir una masacre espantosa…

—Lo sé. Pero si dan órdenes de hacerlo, lo haremos. Maldición, ¿por qué se demoran tanto?

Desde el avión llegó la voz de uno de los secuestradores, hablando en lengua árabe siempre:

—Ya han visto que no amenazamos en vano. El primer rehén pagó con su vida. Seguirá otro a las doce y media. Ya está elegido. De modo que ustedes tienen la palabra. No habrá más comunicados hasta que arrojemos el segundo cuerpo por la portezuela.

En el aire algo ronroneó sordamente. Todos alzaron sus cabezas hacia el cielo azul, limpio de nubes, convertido en lámina de fuego por un sol de justicia que parecía gravitar sobre todo el desierto árabe. Un helicóptero militar sobrevolaba la zona con rapidez. También los piratas del aire lo vieron. El hombre de la cabina del piloto volvió a hablar a gritos, rompiendo su promesa de momentos antes:

—¡Si ese helicóptero sobrevuela el avión, mataremos a todos los rehenes! —bramó—. ¡Abriremos fuego a discreción sin esperar más!

—¡No, aguarden! —gritó el militar—. ¡Se trata, sin duda, de la respuesta que estábamos esperando! Debe venir alguien con instrucciones precisas…

—Mejor que sea así. Pero que no sobrevuele el aparato o todo habrá terminado.

Pero, evidentemente, el piloto del helicóptero sabía lo que hacía. Describió un amplio semicírculo sobre el campo, aterrizando lejos del aparato, sin llegar nunca a sobrevolarle. Cuando se posó en tierra, el coronel y el enviado Walters corrieron a su encuentro, intrigados y esperanzados. El helicóptero era de nacionalidad norteamericana, y de él descendió un hombre. Un solo hombre, que parecía ser su piloto y único ocupante. Se quedaron mirándole con cierto asombro.

—¿Quién es usted? —demandó el militar árabe.

—La persona enviada por el Gobierno norteamericano y autorizada por su propio Gobierno, coronel —le mostró una serie de documentos acreditativos de lo que afirmaba—. He llegado lo antes posible, caballeros.

—Aun así, es un poco tarde ya —manifestó el militar sombríamente—. Acaban de matar al primer rehén, un ciudadano de su país, señor…

—Ranko. Jerry Ranko —dijo fríamente el recién llegado, dirigiendo una mirada glacial al cuerpo envuelto en una manta que le señalaba el coronel—. Lo siento de veras… Fue imposible llegar antes. ¿Han amenazado con algo más?

—Sí. A las doce treinta matarán al segundo rehén. Y siempre cumplen lo que dicen.

Jerry Ranko asintió. Los demás le miraban impresionados. Aun con su uniforme de campaña, se advertía que era un auténtico hércules, una masa increíble de —ósculos poderosos bajo el tejido militar. Un rostro surtido, duro, afilado de facciones, con el cabello revuelto, los ojos oscuros, gesto hosco. Dos bandas de proyectiles se cruzaban sobre su hercúleo pecho, lié— aba en la cintura un enorme cuchillo dentado de larga hoja, así como en la cadera una voluminosa, terrorífica pistola ametralladora, ligera de peso pero potente de carga.

Del interior del helicóptero extrajo un formidable fusil ametrallador de modernísima factura, cuyo sistema de disparo comprobó rápidamente. Luego, manifestó con sequedad:

—Veinticuatro minutos… Creo que tendré tiempo suficiente…

—Suficiente ¿para qué? —se alarmó el militar.

Los ojos de Ranko se clavaron en él con aguda frialdad. Encogiéndose de hombros, señaló el avión inmóvil en medio del aeródromo con el fusil ametrallador.

—Para liberar a los rehenes, rescatar el avión y acabar con esos piratas —se limitó a decir, tajante.

El árabe pestañeó, incrédulo. Su gesto era de total escepticismo al replicar:

—¿Se ha vuelto loco o trata de hacer un chiste? Un hombre solo no puede hacer nada en esta situación.

—Yo no suelo hacer chistes cuando hay tantas vidas por medio, coronel —fue la réplica incisiva de Ranko—. Y he hecho cosas

peores que ésta, de modo que existen muchas posibilidades de que pueda arreglar la situación. Cualquier cosa será mejor que ir viendo cómo los rehenes son asesinados uno tras otro, ¿no, coronel?

—Evidentemente. Pero no deseo que ese aparato vuele por los aires con toda esa gente dentro…

—Intentaré que eso no suceda —y echó a andar, sin más palabras, en dirección a los hangares, sin emprender en ningún momento la marcha hacia el avión secuestrado.

El militar árabe se frotó el mentón, ceñudo, contemplando la gigantesca figura del coloso que se alejaba. Luego, cruzó una mirada con Walters.

—¿De dónde han sacado a ese demente? —preguntó.

—Por fortuna, el mando ha logrado localizarle en alguna parte para enviarle aquí de inmediato —sonrió el norteamericano—. Si alguien en el mundo puede salvar a esos pasajeros y rescatar el avión, ese alguien se llama Ranko, no lo dude.

—¿Tanto confía en él?

—Más que eso. Estoy seguro de que lo hará. Es un hombre excepcional.

—Tiene que serlo, si pretende resolver sólo este problema. Ni siquiera me ha solicitado la más mínima ayuda.

—Acostumbra a ser así. Dice que confía sólo en sí mismo, porque es mala cosa confiar en los demás.

—Tal vez tenga razón en eso, pero no veo cómo puede ni tan siquiera intentar aproximarse al avión sin ser visto por los secuestradores… —El militar consultó nerviosamente su reloj e hizo un gesto de impaciencia—. Las doce y trece minutos. Sólo le quedan diecisiete para intentar conseguir algo… No es posible que salga bien, señor Walters.

—Usted, espere —suspiró apaciblemente el norteamericano—. Espere con su gente alerta, coronel. Ranko lo hará, esté seguro. O morirá en el empeño.

—Entonces, amén, como ustedes dicen —susurró el coronel árabe—. Ya podemos irle preparando el funeral…

—No tan deprisa —rió Walters entre dientes—. No tan deprisa…

Y, en efecto, pronto se comprobó que el militar iba demasiado deprisa en sus apreciaciones respecto a aquel hombre extraño llamado Ranko.

# CAPÍTULO II

Una nube de humo se elevó de un hangar. Era una de las edificaciones tras las que había desaparecido Ranko poco antes. El humo, denso y negro, se fue haciendo más denso, envolviendo el hangar, subiendo en el quieto aire matinal y extendiéndose sobre la pista de aterrizaje.

—¿Qué sucede ahí? —gritó la voz del secuestrador aéreo situado en la cabina del piloto con tono alarmado—. ¿Qué es ese humo? ¡Respondan o haremos algo!

—Tengan calma, como nosotros la tenemos —habló el coronel por el megáfono—. Está ardiendo uno de los hangares de este maldito aeródromo, no podemos hacer nada por evitarlo.

—¿Cómo diablos ha sucedido?

—Se recalentaron unos bidones de aceite, creo —explicó con tono convincente el coronel—. Estará resuelto enseguida, ya van allí con extintores, ustedes no se pongan nerviosos. Están a bastante distancia del lugar, después de todo.

—AI margen de eso, ¿se ha dado cuenta de que son _ doce y cuarto pasadas? Les queda menos de un cuarto de hora para salvar al segundo rehén. Seremos puntuales en ejecutarle, si no envían de inmediato ese combustible y garantizan la libertad de los presos. ¿Qué han dicho los tipos que vinieron en ese helicóptero?

—Enseguida les comunicaré lo que han resuelto, todavía estamos discutiendo unos puntos concretos de la cuestión.

—Pues dense prisa o tendrán otro cadáver en la pista no tardando mucho. Ya están avisados, nosotros no amenazamos en vano, como habrán comprobado.

—Lo sé. Esperen. En menos de diez minutos estará todo resuelto.

—Mejor para ustedes. Y para los viajeros que esperan aquí

dentro. Su situación no es demasiado alentadora, créame.

Dejaron de comunicar. El humo se iba haciendo más débil, aunque flotaba a ras del suelo en densas volutas reptantes. Perplejo, el coronel creyó ver una sombra más densa aún entre las nubes de humo a ras de tierra, pero no estuvo seguro de ello. Ya se diluía el fuego. Los secuestradores parecían más calmados al ver que del hangar sólo brotaban unas nubecillas de tenue humo.

Lo cierto es que Ranko estaba ya bajo la panza del aparato, tumbado boca arriba, justo debajo del portón de acceso a la zona de equipajes, en la cola del aparato. Y el humo al diluirse iba a revelar pronto su situación, aunque no era fácil que ningún secuestrador le viera allí, bajo sus mismos pies, fuera de todo ángulo visual posible desde el interior del avión.

El coronel, al descubrir la presencia de Ranko bajo el aparato, soltó una imprecación de asombro. Walters rió entre dientes.

—¡Ese hombre es el mismo diablo! —refunfuñó el árabe—. Ha debido arrastrarse a una velocidad de vértigo entre el humo para cubrir semejante distancia en menos de un minuto… Y además, sin producir el menor ruido…

—No ha visto usted nada, coronel —sonrió el americano—. Vea eso ahora…

Evitaban mirar directamente, para no provocar la alerta en los secuestradores. Las gafas de sol que se puso el coronel en ese momento, enmascaraban la dirección de sus ojeadas. Walters fingía mirar a los hangares, con el rabillo del ojo fijo en Ranko.

La masa musculosa, reptante, se irguió a pulso, aferrado a la panza del aparato. Luego, sus manos manipularon en el portón de equipajes. Nadie supo lo que hacía, pero segundos después, la escotilla se abría silenciosamente. El aparato se tragó a Ranko, que penetró en su metálica panza, cerrando tras de sí la escotilla. El árabe soltó una nueva exclamación de pasmo.

—¡Y pensar que llevamos aquí horas y horas sin que nadie pueda acceder a ese aparato y su compatriota lo ha hecho en justamente tres minutos, sin ser advertido! —comentó—. Empiezo a pensar que usted no exageró al hablar del tal Ranko, señor Walters. Pero ¿qué será capaz de hacer ahora él solo, ahí dentro? Al menos hay siete u ocho secuestradores armados hasta los dientes, fanáticos, dispuestos a todo…

—Usted déjele obrar a él, coronel —rió el americano—. Nadie mejor que Ranko sabrá qué hacer en estos momentos, no le quepa duda…

* * *

En efecto: nadie mejor que Ranko para saber qué hacer, una vez dentro de aparato, tras haber usado el camuflaje del humo de un falso incendio, sólo provocado por una granada de humo especial que llevaba consigo para casos como éste.

Ahora estaba entre montones de maletas, bolsas y toda clase de bultos almacenados en la amplia cabina de equipajes del poderoso reactor de TWA capturado por los piratas del aire. Y se disponía a entrar en acción antes de que, fatalmente, las agujas del reloj marcasen las doce y media, señalando una nueva muerte a manos de los secuestradores.

Eran las doce y veintitrés minutos. Tenía sólo siete por delante para impedir el segundo asesinato a bordo. Y él lo sabía. Siete minutos para una acción casi suicida, en que debía de salvar a casi trescientos pasajeros de una muerte cierta, venciendo a un número indeterminado de secuestradores pero que no bajaría de media docena en ningún caso.

Ranko se movió sigilosamente por el compartimento de equipajes, hasta la portezuela que comunicaba el mismo con la instalación destinada a los pasajeros de clase turista, situados detrás de los compartimentos de la clase de lujo, situados en el morro del aparato.

Entreabrió lenta, cautelosamente, la puerta. Miró por una rendija, haciéndose inmediato cargo de la situación. Vio a cuatro hombres de raza árabe, deambulando por los pasillos, fusil ametrallador en ristre. Llevaban todos ellos granadas de mano en su cintura. Oteó hacia el fondo. En la cortina de separación de ambas clases, descubrió a dos mujeres también árabes, vestidas de hombre, igualmente armadas con ligeros pero eficaces fusiles automáticos. Y vislumbró más allá de la cortinilla, que estaba descorrida, a otros dos miembros del comando secuestrador, reteniendo a los pasajeros de la clase de lujo. Faltaba uno, el de la cabina del piloto, para hacer un total de ocho: seis hombres y dos mujeres.

—Ocho —reflexionó Ranko para sí—. No son demasiados,

después de todo…

Evidentemente, parecía una reflexión demasiado optimista, dadas las circunstancias, pero aunque Ranko tuviera su sentido peculiar del humor, no estaba bromeando en esta situación, ni mucho menos.

Desde la rendija de la puerta, descubrió que los lavabos se hallaban justo al lado de la misma, así como una pequeña cocina. Vio en esta última a una azafata pálida, nerviosa, preparando unas infusiones con manos temblorosas, vigilada de cerca por uno de los tres hombres del pasillo. Éste se volvió de espaldas al ser requerido en árabe por uno de los compañeros situado más lejos. La azafata quedó libre de vigilancia.

Ranko entreabrió un poco más la puerta e hizo un leve siseo. La azafata alzó su cabeza, sobresaltada, descubriéndole tras la rendija de la puerta. Ranko le hizo un rápido gesto, llevándose un dedo a los labios. Ella entendió, mordiendo su propio labio para no gritar. El señaló los lavabos significativamente. La azafata entendió, afirmando con la cabeza. Ranko entornó de nuevo con rapidez, cuando el guardián de la empleada aérea volvió su atención a ella.

—Ya están las infusiones —dijo la azafata en inglés.

—Entonces, sírvalas —ordenó secamente el pirata aéreo.

—Es que… tengo que ir al lavabo. Estoy descompuesta…

—Está bien, entre. Y no se demore más de tres minutos. Estamos a punto de ejecutar al segundo rehén.

La joven tragó saliva, asintiendo. Y se movió hacia la puerta del lavabo. Entró en el mismo, cerrando. El pirata árabe se quedó en pie ante la misma, vigilante, de espaldas a Ranko. Sus compañeros del pasillo se ocupaban de hablar rudamente con algunos viajeros histéricos, dándole también la espalda ahora.

Actuó rápido. Asomó medio cuerpo, descargando la culata de su pistola ametralladora sobre la cabeza del vigilante. Lo tumbó en seco. Antes de que se desplomara, lo tomó en sus brazos, arrastrándolo hacia la cabina de equipajes, para que no hiciera ruido. Le desarmó, atándole con las correas de varias maletas. Luego le amordazó rudamente.

Volvió a asomar. Todo seguía igual, nadie había advertido su ausencia. Fue al lavabo, golpeando suavemente la puerta. Ésta se abrió. La azafata, pálida, le dejó entrar en el reducido recinto, para

cerrar de inmediato. Ambos se contemplaron, separados apenas por unas pulgadas de distancia.

—No sé cómo entró… —jadeó ella—. Pero no podrá hacer nada. Son muchos…

—Eran ocho. Ahora sólo son siete.

—Siguen siendo muchos. Y no tienen piedad. En cuanto le descubran, le matarán. O harán volar el avión con todos nosotros dentro.

—Ya lo sé. Salga y sirva esas infusiones. ¿Son para viajeros?

—No. Son para ellos, los secuestradores. Querían tomar té.

—Perfecto —rió Ranko, hurgando en un bolsillo oculto de su cazadora militar—. Eso nos va de maravilla. Eche esto en las tazas. Bastará con un poco en cada una, no hace falta que los mate.

Le entregó un pequeño sobre plástico conteniendo un polvillo blanquecino.

—No sabe a nada. Y se disuelve instantáneamente —explicó Ranko—. No lo notarán. Pero con una pequeña dosis, dormirán diez horas. Con doble dosis, no despertarán nunca. No se preocupe si se le va la mano, no merecen demasiada piedad esos tipos.

—Lo sé mejor que nadie. Si viera con qué ensañamiento mataron al pobre hombre… —Se estremeció, mirando su reloj—. Dios mío, sólo faltan cuatro minutos…

—Lo sé. Vaya deprisa.

—Pero sólo han pedido cuatro tazas de té. Tres de ellos no beberán.

—Hubiera sido demasiada suerte. Aun así, cuatro bajas serán siempre de agradecer, no crea. Salga a servirlas. Si le preguntan por su centinela, dígales que está en el lavabo. Ojalá venga alguno a comprobarlo.

Ella asintió, saliendo del lavabo, donde se quedó Ranko a la expectativa. La oyó hablar en inglés con los secuestradores, informándoles de que su compañero había entrado en el lavabo de hombres un momento. Captó la manipulación en las tazas y sonrió.

—De modo que el que está en la cabina del piloto y los otros dos, no beberán té —se dijo Ranko pensativo—. Tengo que acabar con esos tres antes de que puedan usar sus granadas de mano y hacer saltar por los aires este aparato…

Miró su reloj una vez más. Tres minutos solamente para las doce

y media. Una vida humana estaba en juego en los siguientes ciento ochenta segundos…

Una voz árabe le llamó desde fuera del lavabo, a la vez que golpeaban la puerta. Ranko entendía ese lenguaje perfectamente.

—Vamos, Ahmed, sal de ahí —dijo la voz, que era de mujer—. Es la hora. Vamos a acabar con el segundo viajero para ver si esos de ahí afuera se deciden. Abdullah está cansándose de este juego. Le matará antes de que se cumpla el plazo exacto.

—Ya voy —respondió en árabe Ranko con tono ronco—. Espera, mira esto…

Abrió súbitamente. La mujer árabe vestida de guerrillera iba a gritar, asombrada al verle aparecer. Pero las manos de Ranko rodearon su cuello como dos zarpas de acero. No sólo ahogaron la voz femenina en la garganta, sino que con áspero chasquido quedó rota la tráquea de la secuestradora en el acto. Cuando la dejó caer suavemente, tenía el cuello quebrado, los ojos vidriosos, saltones.

—Lo siento, preciosa —dijo sordamente Ranko—. No hay piedad en este juego, vosotros enseñasteis esa norma…

—¡Vamos, Zora! —Sonó un vozarrón en árabe—. ¡Te toca a ti volarle los sesos a este tipo, no siempre lo voy a hacer yo!

Ranko apretó los dientes con coraje. Oyó un sordo lloriqueo de alguien, sin duda la víctima elegida para ir en segundo lugar. No se arrepintió de haber liquidado a Zora. Sin duda era una mujer capaz de todo. Incluso de asesinar a gente inocente a sangre fría.

Ranko comenzó a abrir la puerta del lavabo, como si fuese Zora quien lo hacía. Sabía que la mirada de los secuestradores estaría fija en ese momento en el punto exacto en que él tenía que aparecer, esperando ver salir a su compinche femenino.

El reloj marcaba las doce veintiocho minutos y treinta segundos. Pero los piratas del aire habían dicho que no esperarían a que se cumplieran los treinta minutos esta vez.

Era el momento de matar. O de morir. Ranko salió resueltamente del lavabo, enfrentándose con su suerte definitiva, fusil ametrallador en ristre.

Era el momento supremo. No se podía demorar un segundo más.

# CAPÍTULO III

Y no se demoró.

Apenas asomado al exterior, tuvo que alzar su fusil ametrallador entre las poderosas manos, auténticos manojos de broncíneos músculos en acción. El arma ladró, trepidante, espasmódica, con agrios, tableteantes estampidos.

El hombre que había llamado a Zora no llegó a tiempo de reaccionar ni mucho menos. El, que esperaba ver surgir en la puerta del lavabo a su compañera de comando, se quedó petrificado al ver aparecer la figura titánica de Ranko, enarbolando su arma, hinchados sus músculos, marcadas las venas bajo su tensa piel.

Luego, ya era tarde para intentar nada. La ráfaga disparada por Ranko le destrozó, el cráneo, puesto que el americano apuntó alto para evitar herir a los sentados pasajeros de la cabina del avión.

Los otros secuestradores parecían aletargados. El té que acababan de ingerir estaba en sus efectos iniciales. Ranko sabía cuáles eran ésos: torpeza mental, progresiva parálisis nerviosa y muscular, una atrofia de los sentidos casi total a medida que pasaba el tiempo. Por fortuna para los planes de Ranko, uno de los que no habían probado el té era el tal Abdullah, el jefe del grupo, al que acababa de fulminar. Por tanto, sólo quedaba uno de los secuestradores en perfectas condiciones para la lucha.

Notó enseguida cuál era. La segunda mujer del grupo se tambaleaba al fondo, víctima de la droga, a punto de caer. Cerca de ella, un pirata árabe juró en su lengua y arrancó de su cintura una granada de mano, dispuesto a hacer volar con ella todo el avión y su pasaje.

Ranko disparó de nuevo rabiosamente, sin darle oportunidad de tirar de la fatídica anilla que ponía en funcionamiento el resorte de

la detonación de la granada. Sus balas, vomitadas de forma furibunda por la potente arma que esgrimía, no rozaron ni siquiera el metálico huevo negro que sostenía en su mano el guerrillero. Pero sí destrozaron sus brazos, sus hombros, su pecho, con una espantosa rociada de proyectiles de pesado calibre y cabeza explosiva, que al desparramarse dentro de su cuerpo, convirtieron éste en una criba de piltrafas sanguinolentas de cintura para arriba. Con un alarido en medio de espumeante sangre vomitada por boca, el árabe se fue de bruces al suelo, dejando caer la granada, que rodó por el pasillo, en dirección a Ranko.

Éste, horrorizado, comprobó que en un esfuerzo póstumo de su mano derecha, pese a las terribles heridas recibidas, el fanático secuestrador había arrancado la anilla de la bomba. Estaba a punto de estallar. Y eso significaría que la escasa reserva de combustible del aparato estallaría por simpatía, haciendo chatarra del avión secuestrado.

Rápido, se precipitó sobre el óvalo de negro metal, que tomó con una, mano, mientras la otra enarbolaba un poderoso fusil, descargándolo brutalmente contra la ventanilla más próxima, que saltó en mil pedazos, destrozada la vidriera bajo el formidable impacto. Por el orificio abierto, lanzó lo más lejos posible la granada.

Estalló al tocar el suelo del aeropuerto, no lejos del avión, levantando una nube de tierra, cemento roto y polvo. La portezuela de acceso a la cabina del piloto se abrió en ese momento, surgiendo el único guerrillero activo, no sometido al efecto paralizante de la droga. Empuñaba una pistola automática de pesado calibre y venía gritando airadamente:

—¿Qué demonios ocurre ahí, con tanto tiroteo? ¿Os habéis vuelto locos…?

Se detuvo al verse cara a cara con Ranko. Lanzando un chillido de cólera, trató de disparar su arma, mientras con la zurda sacaba de un bolsillo otra granada de mano.

Ranko le cosió a balazos con una ráfaga brutal, lanzando su cuerpo hecho un colador sangrante contra el muro del avión, donde rebotó sordamente, con oíos desorbitados, dejando caer ambas armas. Pero esta vez, por fortuna para todos, la granada no había llegado a ser desactivada por el secuestrador aéreo.

Con una mujer y tres hombres aún conscientes e ilesos, pero quietos como seres petrificados, que empezaban a caer pesadamente al suelo, víctimas de la potente droga, Ranko era el dueño de la situación a bordo.

Tranquilamente, avanzó su poderosa humanidad por el pasillo, ante el pasmo de los atemorizados pasajeros, humeando en sus manos el fusil ametrallador. Habló en inglés, sonriendo duramente, mientras miraba a unos y otros.

—Calmados, todos calmados. Tranquilos, amigos —recomendó—. Soy americano como la mayoría de ustedes. No teman a sus verdugos. Los que quedan con vida no pueden hacer ya daño ni a una mosca. Su pesadilla a bordo de este avión ha terminado. Pueden ir saliendo; sin prisas, sin aglomeraciones, con toda calma. Hay tiempo sobrado para todo. Sus vidas ya no corren peligro. Podrán seguir viaje en breve, una vez sean atendidos por los servicios médicos.

Un hombre delgado, de raza negra, se abrazó a él, sollozando patéticamente. Ranko le calmó palmeándole suavemente las espaldas.

—Señor, no sé quién es, pero bendito sea… —dijo el hombre de color emocionadamente—. Yo era… la segunda víctima elegida por esos bárbaros para ser asesinada… Le debo la vida… sólo por unos escasos segundos.

—Y yo me alegro de ello, amigo —sonrió Ranko—. Lamento no haber llegado a tiempo de salvar a la anterior víctima, pero al menos he evitado que hubiera más bajas… Azafata, dele un buen trago a este hombre. Lo necesita.

—Sí, señor —dijo la muchacha que le ayudara en su juego, recuperando ya el color en sus mejillas—. Tengo aquí un *brandy* que le dejará como nuevo…

Ranko asintió, encaminándose a la cabina del piloto, al que tranquilizó tras informarle de que todo había terminado. Luego desarmó a los piratas aún vivos, pero inconscientes, atándoles fuertemente con correas procedentes del departamento de equipajes. Los viajeros comenzaban a bajar, contentos, emocionados, siendo recibidos abajo por un asombrado coronel y por el risueño Walters.

Ranko fue el último en descender con su reata de cautivos, cinco

en total. Arriba quedaban tres cuerpos sin vida. El militar árabe se aproximó a él, estrechándole la mano, admirado, incrédulo todavía.

—No sé cómo lo hizo, Ranko, pero nunca vi nada igual —manifestó roncamente—. Le ruego me perdone si antes me mostré escéptico con usted. Empiezo a creer que es usted capaz de todo, por difícil que sea.

—Bueno, de todo, no sé —sonrió Ranko con su semblante siempre hosco—. Pero al menos, siempre lo cuento, coronel. Y tengo fe en mí mismo. Eso es todo.

Se alejó, brillante su piel de bronce vivo bajo el sol ardiente, elásticos sus poderosos músculos que parecían a punto de estallar bajo la epidermis sudorosa. El coronel meneó la cabeza, cambiando una mirada con Walters.

—Increíble —confesó—. Realmente increíble…

* * *

—Mi felicitación personal por su gesta en los emiratos. No sólo ha salvado la vida de esos cientos de viajeros, sino que ha impedido que un emirato e incluso los propios Estados Unidos se viesen obligados a negociar con unos piratas del aire la libertad de un puñado de terroristas de la peor calaña. E incluso, tal vez, tener que liberarlos para impedir una masacre… El Gobierno le está muy reconocido por este nuevo servicio, Ranko.

—Tuvimos todos un poco de suerte, eso es todo —dijo Jerry Ranko, encogiéndose de hombros—. De todos modos, general Willoughby, transmítales a su vez mi reconocimiento personal por ese agradecimiento. Ahora, emprenderé mis vacaciones tranquilamente, puesto que no tengo ningún nuevo servicio por hacer y…

El general carraspeó, paseando por la estancia sin responder nada. Ranko frunció el ceño, levantando la cabeza. Miró aprensivo al militar.

—Creo conocer esa tos, general —dijo—. ¿Qué sucede?

—Bueno, es que no sé cómo decírselo, Ranko, pero…

—Pero ¿qué?

—La verdad es que yo no quisiera… amargar sus vacaciones. Las tiene bien ganadas, eso sí. Soy el primero en desearle un feliz período de descanso, y sin embargo, pues…

—Menos rodeos, general —cortó él tajante—. ¿De qué se trata? No me gusta nada su tono. No pretenderá decirme que otra vez aplazan mis vacaciones…

—Pues, sí —se decidió Willoughby heroicamente, volviéndose hacia su interlocutor en redondo—. De eso se trata exactamente, amigo Ranko. Lo siento, pero…

—Termine. —Ranko se puso en pie, ceñudo—. ¿De qué quiere hablarme, maldita sea?

—Verá… Es un asunto grave. Gravísimo diría yo. La paz del mundo está en juego.

—¿Por qué? La paz del mundo siempre ha corrido peligro, que yo sepa. Pero pensé que la política de distensión, la *perestroika* y todo eso habían aliviado algo los problemas, general…

—Oh, y así es. No se trata de nada en que estén mezclados los Estados Unidos.

—Pues entonces no veo la razón de que se aplacen mis vacaciones, la verdad.

—Ranko, trate de imaginar algo hipotético: imagine que dentro de tres o cuatro días, China declara la querrá a la URSS. Imagine que la URSS lanza misiles nucleares sobre Pekín. Imagine que China le devuelve el golpe. ¿Qué sucedería?

—No lo sé. Supongo que todo se liaría. Muchos países asiáticos se alinearían con China. Los del pacto de Varsovia con la URSS…

—Y la paz del mundo entero pendería de un hilo tan débil que podría romperse en cualquier momento, involucrando a todos en el conflicto. Pero aun sin eso, el mundo correría el riesgo de que la guerra nuclear condujera a la hecatombe final.

—Es demasiado suponer. ¿Por qué habría de suceder algo así? He leído en alguna parte que el primer ministro soviético y el de la República Popular China se reúnen estos días en Singapur para llegar a un acuerdo entre ambas potencias, estrechando sus lazos de amistad…

—Ha leído bien, Ranko. Mañana tiene lugar esa reunión en Singapur.

—¿Entonces…?

—Lo que nadie sabe aún es cómo va a poderse celebrar esa conferencia. Cierto que ambos países cuentan con un «doble» casi exacto del primer ministro respectivo, para casos de emergencia,

pero eso sólo servirá para salvar la fachada de cara a la opinión pública mundial y para acallar a la prensa. La verdad será muy otra.

—Temo no entender nada. ¿Por qué iban a usar «dobles» en vez de entrevistarse los dos estadistas?

—Porque ninguno de ellos está ahora en Singapur.

—¿Dónde están, entonces?

—Eso, nadie lo sabe. Han desaparecido. Han sido secuestrados.

Ranko pestañeó, incrédulo. Miró a Willoughby como si le hablara de una invasión de marcianos.

—Eso no tiene sentido. Supongo que no será una broma…

—Dios me libre de bromear con cosas tan serias, Ranko. Es la pura verdad. Se ha ocultado a todo el mundo. Los «dobles» han hecho apariciones breves, esporádicas, para no despertar sospechas. Pero lo cierto es que ambos mandatarios han desaparecido sin dejar el menor rastro. Todo Singapur ha sido batido en busca de ellos sin encontrar nada. China acusa a la URSS de que todo es un complot para deshacerse de su primer ministro. La URSS replica que no admite insultos y que, en todo caso, será una conspiración china para conducir a ambos países a la guerra. Entre tanto, Singapur, como ciudad neutral, pero perteneciente a una República que es miembro de la Mancomunidad Británica, también se ve involucrada en el conflicto, lo que de rechazo afectaría a Gran Bretaña y, por ende, a sus aliados naturales… que somos nosotros. ¿Va entendiendo, Ranko?

—Algo. Al menos, imagino que eso significaría, de no resolverse el problema, una gran probabilidad de que el mundo estallara en poco tiempo.

—Algo así, Ranko. Tenemos a los mejores agentes trabajando en esto. El
MI-5
británico también. Y no hablemos de la KGB, de los servicios de inteligencia chinos, etc. ¿Resultados de todo ello? Nulos. Nadie sabe nada de nada. Los dos líderes comunistas no aparecen. Y el mundo está empezando a temblar, aunque todavía nada haya trascendido a nivel oficial. Mañana se llevará a cabo una ficticia reunión de cara a la galería con los dos «dobles». Pero todos sabemos que eso sólo son paños calientes, a la espera de una solución definitiva, la que sea.

—En suma, el chino y el ruso tienen que aparecer cuanto antes.

Jerry se frotó la mandíbula, pensativo. Meneó la cabeza, desorientado.

—No sé —confesó al fin—. Supongo que mis vacaciones empiezan en Singapur…

—Exacto. Tiene billete para el vuelo de hoy mismo. Lo siento, Ranko. Pero dicen que es una bella ciudad, llena de exotismo y de encanto…

—Eso dígaselo a los rusos y a los chinos —rió entre dientes Ranko—. Verá lo que le contestan… ¿Algún indicio, algo concreto con que empezar a trabajar?

—No mucho. Apenas nada. Ambos se alojaban en el mejor hotel de la ciudad, el Raffles, al igual que sus séquitos. Salieron de paseo por la ciudad en coches separados seguidos por sus escoltas. Les pasó algo parecido: en una calle estrecha, se cruzaron unas camionetas comerciales. Hubo discusiones, la escolta quedó separada de los coches oficiales de los primeros ministros… Cuando las furgonetas se marcharon, ni rastro de vehículo ni de ocupantes. La policía de Singapur dice que el truco es habitual en esa clase de secuestros, pero nunca antes fue para raptar a gente tan famosa e importante en la política mundial. Suponen que se trata de una organización. Pero hasta ahora, nadie ha pedido rescate por ninguno de ellos ni tan siquiera se ha responsabilizado de la acción. No se sabe nada de nada.

—Es muy alentador para empezar —comentó irónico Ranko.

—Espere. Usted tendrá un buen enlace en Singapur apenas llegue: se trata de uno de nuestros mejores hombres en la zona del Sudeste de Asia, antiguo combatiente en Vietnam, donde creo que fueron ambos camaradas y se hicieron buenos amigos.

—¿Quién?

—Bruce Vincent.

—¡Bruce! ¡El viejo zorro de Bruce Vincent, el «teniente suicida» Vincent! —Casi gritó Ranko con los ojos resplandecientes de alegría —. ¿Pero vive aún?

—Vive. Y tiene un importante negocio en Singapur para cubrir las apariencias. Es uno de nuestros hombres clave en el Sudeste asiático. Celebro que le recuerde.

—¿Recordarle? Me salvó una vez la vida cerca de Saigón —recordó Ranko—. Es el tipo más duro y valiente que me he echado a

la cara. Se dijo que se había casado con una de las mujeres más hermosas…

—Y es verdad. Vive con ella en Singapur hace cinco años. Anabel Vincent, de soltera Anabel King, ciudadana británica, tan elegante como hermosa y rica. Forman una feliz pareja. Vas a alojarte en su casa, no en un hotel. Vincent te dirá a qué personas entrevistar en Singapur, qué lugares frecuentar en busca de pistas… Estarás en las mejores manos imaginables.

—Eso, seguro. Bruce siempre sabe lo que hace. En Vietnam no era fácil y lo demostró muchas veces. Era uno de los mejores.

—Entonces, no se hable más. Buen viaje y buena suerte, muchacho. Ah, y recuerde una cosa: la conferencia ruso-china debe terminar oficialmente dentro de cinco días. Es todo el tiempo que tiene disponible para encontrar a ambos. Recuerde que no sirve de nada hallar solo a uno, porque el otro país pondría el grito en el cielo y sería poco menos que imposible convencerle de que las cosas no habían sido planeadas por sus interlocutores. O los dos… o nada. Es la alternativa.

—Ya me he dado cuenta —asintió Ranko—. ¿Carta blanca, general?

—Como siempre: carta blanca. Pero recuerde: oficialmente, nosotros no sabemos nada. El Gobierno no podría mover ni un solo dedo en su favor.

—Sí, estoy acostumbrado a eso, general. Ya verá que ni siquiera se lo pregunté.

Willoughby extrajo de un cajón de su escritorio un pasaje de avión de ida y vuelta, así como un fajo de billetes de cien dólares. Puso ambas cosas en manos de Ranko.

—Buena suerte —dijo—. Va a necesitarla.

—Siempre confío en ella, señor —fue la despedida de Ranko, antes de abandonar el despacho.

# CAPÍTULO IV

Un fuerte abrazo unió a ambos hombres. Los poderosos músculos de Ranko parecían envolver como enormes tentáculos el corpachón recio y atlético de su amigo y camarada, viejo compañero de armas en la guerra del Vietnam.

—Jerry, muchacho —habló con tono emocionado Bruce Vincent —. Te veo todavía más fuerte, más en forma que en los viejos tiempos en las malditas junglas llenas de mosquitos…

—Pues tú tampoco estás nada mal —sonrió Ranko sosteniendo su abrazo en torno al viejo compañero de milicia—. Algunas pocas canas, pero nada más. Es como si no hubieran pasado estos años, Bruce.

—Pero han pasado —le miró con triste melancolía al apartarse ambos y mirarse a los ojos—. Eso ninguno podemos negarlo. Han ocurrido muchas cosas desde entonces. Y todos nos hemos preguntado alguna vez si valió la pena todo aquello.

—Incluso de los fracasos se pueden sacar lecciones provechosas, Bruce. Supongo que eso es lo que nos ocurre ahora. Y por ello no estamos metidos hasta el cuello en Afganistán, en Nicaragua o en cualquier otro lugar del mundo, intentando de buena fe que las cosas sean mejores de lo que son. Además, nosotros no fuimos a Vietnam por gusto, Bruce. Los politicastros nos metieron en ese avispero.

—Ahora olvidemos todo eso, Jerry. Lo que cuenta es que estamos aquí, que volvemos a vernos. Ven, te presentaré a mi mujer. Le he hablado tanto de ti, que ya cree conocerte como a mí mismo, pero aun así se va a llevar una sorpresa cuando te vea.

Le condujo al interior de la confortable vivienda situada en la mejor zona residencial de Singapur, en Orchard Road, cerca de la

Mansión de Jade y de la Universidad, en una zona ampliamente ajardinada, ocupada casi en su totalidad por americanos y europeos.

Pronto estuvo Ranko ante la señora Vincent en persona. Y tuvo que admitir que cuanto le refiriesen sobre su belleza, quedaba pálido ante la realidad.

Anabel Vincent era una mujer turbadora, de una belleza serena, dulce, apacible, de una mirada profunda y radiante que hacía aún más luminosos sus verdes ojos profundos. Piel suave, facciones delicadas, fina nariz, boca levemente carnosa, figura esbelta, dotada de una natural elegancia.

—Estaba deseando que llegara este momento, Jerry Ranko — dijo admirativa, contemplando el atlético aventurero—. Bruce me retrató tu imagen de forma fiel, pero aun así impresionas más de lo que se pueda pensar. Comprendo que fueses uno de los mejores y más aguerridos soldados en aquella guerra.

—Pero no el mejor —rió Jerry—. Ése era Bruce. Por algo tuvo que salvarme la vida.

—Eso fue pura casualidad. Pudo haber ocurrido al revés. Sólo que tú ibas más adelantado y aquel maldito vietcong iba a cazarte por sorpresa. Fue el tipo más silencioso que jamás he conocido. No supe que nos atacaba hasta que lo vi salir tras de ti, con el machete a punto.

—Y tu bala le dejó seco —suspiró Ranko. Miró a Anabel con dulzura—. Pero no evoquemos ante tu esposa recuerdos tan poco amables, Bruce.

—Oh, no temas por mí, Jerry —sonrió ella—. Estoy acostumbrada a las emociones fuertes, por algo soy la esposa de Bruce. Sé los trabajos que hace para su Gobierno. Y sé por qué estás ahora aquí.

—Así es, Jerry —corroboró gravemente Vincent—. Anabel lo sabe todo sobre mi vida pública o privada, no tengo secretos para ella. Está perfectamente enterada de lo que sucede. Y sabe lo que nos jugamos en esto.

—Entiendo. —Ranko se tornó serio—. ¿Qué novedades hay?

—Pocas, por no decir ninguna —meneó Vincent la cabeza con pesimismo—. No aparece ninguno de los secuestrados. La policía efectúa constantes redadas con toda clase de pretextos. Ni los agentes saben lo que buscan. Sólo estamos en el secreto del sumario

unos pocos, no más de siete u ocho personas en todo Hong Kong. Si esto trascendiese por una imprudencia, podría ser el desastre. No podemos estar seguros de lo que sucedería a escala internacional.

—¿Qué dicen los rusos y los chinos a todo esto?

—Nada. Están callados, en silencio. Y eso me preocupa más que todos los gritos o protestas que pudieran formular. Creo que recelan entre sí, que cada uno piensa que el otro le jugó una mala pasada. Y en cualquier momento, esa tensión latente puede saltar en pedazos, a poco que alguien prenda la chispa necesaria.

—Por tanto, sólo existe un camino: encontrar a los dos secuestrados.

—Eso se dice fácilmente. Pero no se hace con igual sencillez, Jerry. Mis contactos en Singapur, en toda Malasia, en Thailandia, en Indonesia, son abundantes. Y nadie sabe nada de nada. Conozco a agentes de grupos terroristas y fanáticos. Ninguno admite saber nada del asunto. Ya no sé qué hacer, la verdad.

—¿Y qué esperan, entonces, que haga yo? —resopló Ranko.

—No lo sé, pero a ti no te conocen aquí. Puedes moverte sin que te asocien con el Gobierno de los Estados Unidos. Tal vez es eso lo que pensaron, Jerry.

—¿En qué esferas no puedes tú hacer igual, pongamos por caso?

—En algunas determinadas. Tal vez ahí entres tú, Jerry.

—Explícate.

—El hampa de la ciudad. Los bajos fondos de Singapur. Allí no soy bien visto. Temen que me meta en sus cosas. Son corteses, pero fríos. Los orientales se cuidan mucho de dar pasos en falso. Estoy seguro de que me ocultan algo. Algo que ellos conocen, pero de lo que no quieren hablar. Tal vez tú consigas sacarles algo.

—Mis métodos no consisten precisamente en dialogar amigablemente, Bruce.

—Ya lo sé. Y lo sabe el Gobierno. Por eso te envía aquí. Dialoga a tu modo. Tal vez de esa manera saques algo en limpio, no sé. Si tú no logras asustarles, nadie lo hará. Y creo que el miedo es lo único que puede desatar ciertas lenguas en esta maldita ciudad.

—¿Qué lenguas, por ejemplo?

—Jade.

—¿Jade? —Ranko enarcó las cejas—. Eso es una piedra preciosa, ¿no?

—También es una mujer: Jade Blue. La reina de los bajos fondos de Singapur. Bella y fría a partes iguales: mezcla de témpano y sensualidad, de astucia y de erotismo. No te fíes de ella. Puede ser tentadora como una ninfa y peligrosa como una serpiente venenosa.

—¿Y dónde se encuentra esa joya de mujer?

—En el Dragón Luminoso. Es un tugurio cerca del Templo de Sri Mariamman, en Chinatown, exactamente en un callejón situado entre las calles Tanjong Pagar y Maxwell Road, en pleno corazón del Barrio Chino. Allí se fuma opio, se bebe licor de alta graduación y se practica la prostitución con niñas de Singapur o de Thailandia, no mayores de catorce años. Jade Blue es la sacerdotisa de todos esos ritos del vicio, ¿vas entendiendo?

—Sí. ¿Por qué esa mujer, precisamente, Bruce?

—Porque si alguien tiene la llave de todos los asuntos secretos y prohibidos de Singapur, ese alguien es sin duda Jade Blue. Le rodea una cohorte de esbirros altamente peligrosos, expertos todos en karate, judo o cualquier otra arte marcial. No te dejarán acercarte a ella fácilmente.

—Eso me gusta —rió Jerry Ranko—. Sabes que soy un desastre para asuntos de sociedad o para buenos modales. Pero me encanta persuadir a la gente dura que se me pone por delante.

—Aun así, ten cuidado, Jerry —rogó Anabel apoyando espontáneamente una mano en el brazo de Ranko—. Bruce sabe lo que dice cuando te advierte así.

—Eh, eh, que voy a ponerme celoso si mi mujercita se pone tierna con el viejo camarada —bromeó Vincent—. Veo que sigues teniendo tu influjo de siempre sobre las mujeres. Tal vez te sirva para acceder más fácilmente a Jade Blue. Dicen que le gustan los tipos duros. Pero cuidado, porque a lo mejor hace como la mantis religiosa cuando copula con el macho: matarlo después.

—Estaré prevenido. No sería la primera mujer con quien tengo una experiencia semejante. Y a las anteriores no les gustó el resultado final de su técnica.

—Lo supongo —rió Vincent—. Bien, ahora vamos a cenar todos juntos. Luego habrá tiempo de preparar las cosas. Te daré dos o tres nombres de los bajos fondos, por si te es necesaria una ayuda urgente. Y ultimaremos los detalles de tu visita esta noche a Chinatown.

—De acuerdo, viejo amigo. Me muero de hambre, ésa es la verdad. La comida del avión era francamente deplorable.

Anabel abrió la marcha hacia el comedor situado en pleno jardín de la mansión de los Vincent, donde se hallaba servida una mesa bajo unos parterres, de cara al mar. La vista desde allí era impresionante, llena de exótica belleza, aunque a Ranko parecía interesarle poco la panorámica espléndida de la ciudad, con la bahía al fondo, abierta al mar de China Meridional.

La cena transcurrió agradablemente, entre charla amena sobre la campaña vietnamita, los últimos sucesos en torno a la conferencia ruso-china de Singapur, así como los planes inmediatos a llevar a cabo en la búsqueda de ambos desaparecidos ilustres.

Anabel, con su cultura, su ingenio y su facilidad de palabra, hizo aún más grata la velada vespertina, mientras las sombras del anochecer caían sobre Malasia, y millares de luces iban convirtiendo Singapur en un tapiz oscuro, cuajado de centelleantes gemas de colores. Las calles del centro comercial eran como ríos de luz multicolor rasgando la noche.

—Bien, creo que ha llegado la hora de entrar en acción —dijo Ranko, poniéndose en pie—. El tiempo apremia demasiado para perderlo tontamente.

—No lo pierdes. Jade Blue no llega a sus dominios hasta bien avanzada la noche. Hasta entonces, no arreglarías nada deambulando por Chinatown, créeme. Supongo que no llevarás allí tu artillería pesada…

—No, claro que no. Bastará con mi cuchillo, una pistola automática… y dos o tres granadas de mano, por lo que pudiera ocurrir —sonrió Ranko con ironía.

—Ten cuidado. Si te ves en líos con la policía, yo no sé nada oficialmente. Ni tampoco la Embajada de los Estados Unidos. Te encontrarías solo.

—Acostumbro a estar siempre solo, Bruce, no temas. Y me las sé arreglar así muy bien.

—Aun así, cuidado, Jerry —le recordó Anabel dulcemente—. Esta ciudad es peligrosa. Ahora, tal vez más que nunca, según lo que esté en juego…

—Sí, eso supongo, Anabel —sonrió Ranko, apretando con cierta ternura poco habitual en él la mano de la esposa de su amigo—.

Gracias, de todos modos. Me he visto en trances peores. Cuidaos vosotros. Volveré, de eso estad seguros…

Poco después, Jerry Ranko se sumergía en la noche multicolor y ruidosa de Singapur, rumbo a su Barrio Chino. Bajo su amplia cazadora se ocultaban sus armas, siempre prestas a actuar. Se sujetaba los revueltos cabellos con su peculiar cinta ancha. El rostro, curtido, duro, como tallado en piedra broncínea, no expresaba otra cosa que decisión. Una gran decisión de llegar a alguna parte fuese como fuese.

—¿Crees que lo conseguirá, Bruce? —suspiró Anabel mirando a su esposo, una vez solos ambos.

—Si alguien en este mundo puede conseguirlo, ese alguien, sin duda, se llama Jerry Ranko, querida —sonrió el ex teniente Vincent con gesto convencido—. Y ahora, ¿qué tal si vamos a descansar? No podemos hacer nada por él aunque estemos levantados.

—Sí, querido. Vamos a dormir. Y que Dios ayude a tu amigo.

—Dios o el diablo, no lo sé… pero siempre hay alguien que le ayuda, de eso no te quepa duda.

# CAPÍTULO V

Eso era bien cierto. Alguien, a no dudar, ayudaba a Jerry Ranko en los momentos difíciles. Algo providencial, sin duda alguna, que acostumbraba a guiar sus pasos en la dirección justamente adecuada.

Así sucedió en esta ocasión una vez más. Deambulaba por el dédalo de tortuosas y pintorescas callejuelas del Barrio Chino, acercándose a las luces parpadeantes del Dragón Luminoso, visibles ya en un callejón angosto frente a él, cuando ocurrió.

Ni siquiera planeado por el propio servicio de inteligencia norteamericano hubiese podido resultar todo tan perfectamente para los planes de Ranko y de Vincent en esos momentos.

Un lujoso vehículo había enfilado el callejón, seguido por otro negro, repleto de chinos, cuando de repente por el lado opuesto de la calle penetró en el callejón una furgoneta comercial, bloqueando el acceso del vehículo de lujo al Dragón Luminoso. Los guiños de mil colores fluorescentes que dibujaban un dragón policromado sobre la fachada del edificio, junto a la puerta de acceso al mismo, revelaron la presencia de conductores malayos en la furgoneta. Por si eso fuera coco, a espaldas del coche lujoso surgió también otro coche de carga que, con brusca maniobra, se interpuso catre el coche y sus seguidores chinos del automóvil negro, dejando totalmente bloqueado en la calleja al vehículo escoltado.

Gritos en lengua china salieron del coche obligado a frenar, en señal de ira y de alarma. De la segunda furgoneta bajaron malayos armados de metralletas, que abrieron fuego sobre los miembros de la escolta.

Ranko asistía a todo eso como mudo testigo, agazapado en un portal ante la marcha de los acontecimientos, totalmente

imprevistos. Sus ojos agudos captaban la escena, tratando de entender lo que sucedía.

Inmediatamente llegó una lógica conclusión: la maniobra toda tendía no sólo a deshacerse de los chinos de escolta, sino a dejar aislado el coche lujoso que iba en primer lugar.

Una idea asaltó a Ranko: ¿y si era Jade Blue quien viajaba en aquel vehículo de alto precio? Eso encajaba perfectamente en los hechos. Las bandas rivales existen siempre en los bajos fondos. Singapur no debía ser en eso una excepción, ni mucho menos.

Rápido, tomó su decisión. Nada podía hacer por evitar la emboscada. Ni tampoco por impedir que los chinos fuesen abatidos por sus rivales malayos. Desentendiéndose de esa pelea a muerte, Ranko eludió la zona del tiroteo, pegado al muro en su parte más oscura. Y cuando estuvo ante la furgoneta de los malayos, se encaramó a ella como un simio, ágil y silencioso, moviendo sus elásticos, ciclópeos músculos con una precisión y armonía asombrosas. Desde el techo de la furgoneta que bloqueaba el acceso al callejón, pudo presenciar la escena como privilegiado testigo. Y supo que no estaba en un error al haber hecho su propia hipótesis.

Frente a las mismas puertas del Dragón Luminoso, un grupo de media docena de malayos, armas automáticas en ristre, mantenían bajo control a los ocupantes del coche de lujo, un Mercedes Benz último modelo, color azul cobalto. Esos ocupantes eran tres: una mujer y dos hombres. Ellos eran chinos vestidos a la europea, con trajes de color crudo y tejido liviano, propio de los trópicos.

La mujer era capítulo aparte, ciertamente. Ranko estuvo seguro de inmediato que su teoría era cierta: aquélla debía ser la mismísima Jade Blue, la reina de los bajos fondos de Singapur, la diosa de los ritos prohibidos del vicio en la ciudad.

Alta, esbelta, curvilínea, envuelta en un tejido de lamé plateado, que parecía adherirse a su cuerpo como una segunda piel, caminaba sobre altísimos tacones de brillo cristalino. El pelo negro, como lacado, se ceñía a su nuca en un moño atravesado por varias agujas de oro relucientes. El rostro era una bellísima máscara exótica que recordaba los personajes de Joseph Von Sternberg, las sofisticadas heroínas de un Shanghai de entreguerras, con los rasgos de una Marlene Dietrich o una Gene Tierney de rasgos orientales y sangre china.

—Preparaos, porque vamos a acabar con vosotros de una maldita vez —dijo uno de los malayos con una risita sardónica—. Jade Blue dejará de ser la reina de Chinatown para convertirse en el más bello cadáver de Singapur…

Los demás malayos rieron las gracias de su portavoz, que se expresaba en perfecto inglés. Las armas parecían a punto de ejecutar inexorablemente a la dama y a sus dos acompañantes, víctimas de aquella mortal emboscada…

Ahí intervino Jerry Ranko.

* * *

Exhaló un alarido gutural, casi inhumano, precipitándose sobre la calle empedrada desde el techo de la furgoneta. Los malvados, asustados, alzaron sus rostros y sus armas hacia el nuevo personaje que entraba en escena, olvidándose momentáneamente de Jade Blue y de sus esbirros.

Aunque sus armas automáticas escupieron fuego y proyectiles, la acción de Ranko había sido demasiado fulminante, logrando sorprenderles por completo. Así, sus balas zumbaron desordenadamente, lejos de la hercúlea figura que se les venía encima. Y en cambio, la mole musculosa de Ranko Se desplomó sobre ellos como si del mismo Superman se tratase, derribándoles aparatosamente por el suelo. Antes de que lograran incorporarse para reanudar los disparos, Ranko esgrimía su pistola automática de pesado calibre, que empezó a rugir, vomitando proyectiles contra los seis malayos. Fue una rociada brutal, a bocajarro, que lanzó las pequeñas figuras cobrizas en todas direcciones, como segadas por una invisible y gigantesca guadaña.

Los seis hombres rodaron por el suelo, aniquilados por los demoledores disparos de aquel arma vertiginosa en manos de Jerry Ranko. Después, se oyeron gritos más allá de la furgoneta. Ranko vio que los malayos del exterior se disponían a penetrar en el callejón a través de la cabina de su vehículo, al que estaban entrando ya por la portezuela opuesta.

Sin perder un momento, Ranko extrajo de su cazadora una de las granadas de mano. Le arrancó la argolla, arrojándola contra la furgoneta. Gritó a Jade Blue y a sus dos acompañantes.

—¡A tierra, pronto!

El mismo se lanzó de bruces, mientras el vehículo saltaba en mil pedazos, con los malayos dentro, al recibir el impacto del proyectil, que reventó estruendosamente, con una violentísima llamarada, haciendo también pedazos a los pistoleros de raza malaya.

Tras la espectacular voladura del vehículo y ocupantes, el silencio reinó en el callejón. Distantes, aunque no demasiado, llegaron los ecos de las sirenas policiales, aproximándose al lugar.

—No sé quién eres, pero entra con nosotros en el local, pronto —sonó profunda, casi ronca, aunque en correcto inglés algo meloso, la voz de la exótica dama—. Dentro de poco, el lugar estará infestado de policías. Y te iba a costar trabajo explicarles cómo murieron los miembros de esa pandilla con métodos tan expeditivos…

Le empujó vivamente. Ranko no se hizo de rogar, entrando en el local llamado El Dragón Luminoso en compañía de Jade Blue y sus esbirros. En el exterior, las sirenas atronaban la noche, cada vez más cercanas.

Un vestíbulo con guardarropa les llevó a un largo corredor que se deslizaba paralelo a la alargada entrada a un local nocturno como tantos otros, con luces tamizadas, gentes de diversas razas y música moderna como en cualquier club nocturno de Nueva York o de Los Angeles. Jade guiaba la comitiva con rapidez. Unas espesas cortinas rojas con dragones dorados les condujo a otro corredor, al final del cual se hallaba un muro de ladrillo. Pero Jade pulsó uno de esos ladrillos. Un resorte oculto actuó, accionando los goznes de una entrada secreta. Pasaron los cuatro por ella. La puerta se cerró a sus espaldas. Estaban en un fumadero de opio alumbrado con luces rojas, muy tenues, que daban un aire entre espectral y diabólico a los ajados, apergaminados rostros de los orientales y occidentales que consumían su ya escasa salud en las literas del fumadero. Pasaron por entre todas ellas, hasta alcanzar otra puerta cubierta por una cortina, al fondo de la siniestra sala. Ranko miró a los espectros humanos tendidos en aquellas literas.

—Supongo que no querrás fumar lo que ellos fuman —dijo Jade, parándose. Sus ojos almendrados, negros y profundos, se fijaron en él—. No tienes aspecto de gustarte el opio ni cosas parecidas. Los que se drogan no conservan esos músculos.

—Sólo era curiosidad —dijo Ranko secamente.

—Ya. La curiosidad es mala cosa en esta ciudad, amigo —advirtió ella con frialdad—. Si quieres estar a salvo de la molesta policía de Singapur, sígueme a mejor lugar.

—Claro —aceptó Jerry, siempre en pos de la reina del hampa de la ciudad.

La puerta, franqueada tras pulsar ella un timbre que no sonó en aquel lugar, mostró a un inquietante guardián de negras ropas de seda y cabeza rapada totalmente, un asiático de al menos doscientas cincuenta libras de peso, capaz de aplastar a cualquiera de un simple manotazo. Ranko y él se cruzaron una expresiva mirada de mutuo reconocimiento y hostilidad. Jade le invitó a seguir todavía más adelante por el dédalo misterioso de su santuario en Chinatown.

Una escalera descendente les llevó a un sótano en las sombras. Jade accionó una luz. Una bombilla brilló colgada del techo, protegida por una pantalla de celuloide verde cubierta de polvo. Debajo había una mesa y dos sillas. Nada más.

—Siéntate —invitó Jade fríamente—. Vamos, siéntate.

Estaban los dos solos ahora. Los dos chinos que la escoltaban se habían quedado en algún lugar por el camino. Ranko vaciló unos momentos, terminando por aceptar su invitación. Jade se sentó ante él. Le miró con fijeza, en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Qué más da? —Ranko se encogió de hombros—. Te ayudé en un apuro, ¿no? Eso debe bastarte.

—Pues, no. No me basta. Sólo tengo amigos a quienes pago un salario elevado por protegerme. Tú no eres de mi nómina. ¿Por qué te metiste en este jaleo para salvarme? Pudieron haberte matado.

—Pero no lo hicieron.

—Aun así, sigo preguntándome por qué lo hiciste. ¿Cómo te llamas?

—Ranko. Jerry Ranko.

—¿Americano?

—Sí.

—¿Qué haces en Singapur?

—Lo que hacen casi todos los americanos: turismo —sonrió Ranko.

—Ya. Cargado de armas y de granadas de mano. Curioso turismo

el tuyo. ¿Sabes quién soy?

—Sí. Jade Blue.

—Eso, muchos turistas no lo saben. ¿Por qué me • salvaste la vida?

—No me gusta ver a mujeres en apuros. Procuro salvarlas, si está en mi mano.

—¿Eres un caballero andante, tal vez?

—Ya no quedan caballeros así en el mundo, Jade.

—Por tanto, eso quiere decir que no obraste por altruismo. Lo hiciste por algo.

—Tal vez.

—¿Por qué? —Se inclinó hacia él—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Esto es un interrogatorio?

—No. Es sólo una charla amistosa. Podría ser un interrogatorio. Y no te gustaría. Mis hombres tienen métodos algo especiales de interrogar a la gente.

—Supongo que no estaría nada bien pagar así un favor como el que te hice.

—Pero es que sigo preguntándome por qué me hiciste ese favor, Ranko. ¿Qué esperas a cambio?

—Eres muy lista, Jade.

—Para sobrevivir en este mundo, hay que serlo —suspiró ella entornando sus ojos oblicuos calculadoramente—. Mucha gente me odia en esta ciudad. Esta noche viste a algunos de ellos: eran los seguidores de Jalan Thang.

—¿Los malayos que querían matarte? ¿Quién es Jalan Thang?

—Un jefecillo del hampa, un reyezuelo de los bajos fondos que pretende heredar mi reinado. Esta noche estuvo a punto de lograrlo. Es un cerdo, un miserable. Me las va a pagar —los ojos de Jade relampaguearon.

—La verdad es que venía en tu busca. Y la casualidad quiso que llegase justo a tiempo —declaró Ranko fríamente sin quitar sus duros ojos de los no menos duros de ella.

—Eso me gusta. Sinceridad ante todo. ¿Por qué me buscabas?

—Me hablaron de ti. Me dijeron que podías darme una información. Quería saber si era verdad. Y discutir precio.

—¿Quién te dijo todo eso de mí?

—No viene al caso. —Ranko se encogió de hombros—. ¿Puedes

hacerlo?

—Depende de la clase de información, claro. ¿Por qué no eres más explícito?

—Lo seré —los músculos de la cara de Ranko se endurecieron todavía más—. Dos personas desaparecidas en Singapur. Debes saber algo de eso.

—Algo sé —admitió ella, enigmáticamente—. ¿Y qué?

—Es cuestión vital para el mundo. Para todos.

—Para mí, no.

—Puede ser la guerra en Asia. O la guerra a escala mundial.

—Bueno —sonrió Jade—. Las guerras son buenas para personas como yo. Se enriquece una persona fácilmente.

—Y se muere fácilmente. No una persona, sino millones de ellas. Tal vez todas. ¿Qué harías en un mundo repentinamente vacío y contaminado? ¿De qué te servirían todas las riquezas, Jade?

—No creo que sea tan grave. Pero veamos: ¿qué quieres saber?

—Quiénes están detrás de este asunto.

—Ésa sería una información sumamente cara. Tu Gobierno tiene dinero. Mucho dinero. Podríamos llegar a un acuerdo.

—Ni lo sueños. Sólo yo puedo pagar. Mi Gobierno oficialmente no sabe nada. Ni quiere saberlo. O pactas conmigo… o con nadie. Decide tú.

—También puedo ponerte a ti un alto precio.

—No te pases. Sólo dispongo de diez mil dólares como máximo.

—Eso lo gano yo en mis negocios en menos de una hora —dijo Jade, despectiva—. ¿Es todo lo que puedes ofrecer?

—Sí. Todo.

Se puso en pie. Jade le miraba sin pestañear.

—Mi vida vale bastante dinero —dijo ella de repente—. Y tú la salvaste esta noche. Ése es un buen precio por mi información, después de todo. ¿Qué te parece?

—Yo no puedo opinar en eso. Tú decides.

—Está decidido. Te daré la información que buscas. Poca gente la conocemos en esta ciudad. De modo que felicítate: eres un ser privilegiado.

—Esperaré a saber lo que tienes que contarme para felicitarme o no.

—Eres desconfiado, ¿eh? Eso me gusta —rió ella—. Está bien,

ahí va la información que buscas: los Dioses del Odio.

—¿Los… qué? —preguntó Ranko sorprendido.

—Los Dioses del Odio. Una secta. Temible, extraña, misteriosa. Y llena de poder. Aspira a acabar con la supremacía occidental en el mundo. Una guerra total es un buen medio de intentarlo.

—Nunca oí hablar de ella.

—No es raro. Es una secta radicada aquí, en el Sudeste de Asia. Se ignora su exacto emplazamiento, su cuartel general, pero operan desde Thailandia hasta Java y desde Sumatra a las Filipinas. Poseen medios, dinero, influencia y poder. Muchos orientales siguen sus normas. Su jefe supremo es el llamado Hermano Dragón.

—¿Y quién es el Hermano Dragón?

—Eso, nadie lo sabe. Se habla de ese personaje misterioso con auténtico terror. Parece ser cruel, despiadado y brutal como nadie. Un fanático enloquecido que busca el dominio de Asia, sea como sea. Tal vez sea el primer paso solamente, para intentar alcanzar el dominio del mundo. Suele ser la obsesión de esa gente que ambiciona el poder.

—¿Pudo una simple secta secuestrar tan fácilmente a dos altos mandatarios mundiales en medio de las medidas de seguridad que una cumbre así comporta?

—No es una simple secta, Ranko —replicó ella—. Es mucho más que eso. Se trata de una hermandad poderosísima, con ramificaciones en todo el sudeste de Asia, con fondos abundantes, con medios de todas clases, capaces de contar con toda la laya de recursos, de complicidades, de apoyos internacionales.

—Los Dioses del Odio… ¿Se hacen llamar ellos así?

—Sí. Odian a Occidente y no lo niegan. Se consideran dioses y no dudan en obrar como tales, sin importarles las vidas humanas que puedan caer para alcanzar sus propósitos. Ésa es la clase de adversario que estáis obligados a combatir, Ranko. ¿No te parece demasiado fuerte para ti solo?

—No son dioses. Sólo son hombres, Jade. Y yo estoy habituado a combatir a los hombres, por fuertes que se crean.

—Ni lo intentes. Ellos te aplastarán en cuanto se lo propongan.

—Veremos —echó a andar hacia la salida resueltamente—. Supongo que en tu información no puedes incluir ninguna pista que me permita iniciar la tarea…

—Tal vez sí —sonrió ella—. Me gustas, Ranko. Quédate conmigo esta noche. Y a cambio de una noche de amor en mi lecho, tendrás lo que quieres.

—Una noche es demasiado tiempo —cortó él—. Dejémoslo en dos horas, Jade. Dos horas contigo… a cambio de esa información.

—Eres demasiado presuntuoso. ¿Tanto crees que te deseo?

—Me deseas. Lo leo en tus ojos. Y yo a ti. Pueden ser dos buenas horas. Tal vez cuando esto acabe, prolongaremos esa velada.

—Cuando esto acabe, tú estarás muerto, Ranko.

—Tal vez sí, tal vez no. No dispongo de más tiempo: dos horas, Jade.

Ella se puso en pie. Le rodeó con sus brazos, acarició sus músculos, entornando los ojos voluptuosamente. Pegó su cuerpo sensual al del macho vigoroso. Ranko notó su estremecimiento.

—Tú ganas —aceptó ella—. Dos horas. Vamos, Ranko. Te diré lo que deseas saber. Pero eso sólo puede precipitar tu muerte.

—Es problema mío. Dímelo antes de iniciar nuestro romance.

—¿No te fías de mí? —ronroneó ella, acariciándole el torso, bajando su mano hasta los recios muslos varoniles, para empezar a hurgar en sus ingles viciosamente.

—No. No me fío de nadie. Y menos aún de ti.

—Mataría a cualquier hombre que me dijera eso… menos a ti —suspiró ella—. Felicítate por ello, Ranko. Al otro lado de la ciudad, a dos manzanas del Templo de las Mil Luces, en Serangoon Road, existe una tienda de antigüedades orientales, una de las más pintorescas y ricas de todo Singapur. La regenta un tal Lobsang Tiong. Es miembro de la secta de Los Dioses del Odio. Puede que te conduzca a alguna parte, no lo sé. Pero cuidado. Es peligroso. Todos los miembros de esa hermandad lo son.

—Ya lo imagino. Y tú, ¿no eres peligrosa?

—Claro —rió ella, tirando de Ranko insinuante—. Sobre todo en la cama, ya lo verás, querido…

# CAPÍTULO VI

Ciertamente, Jade Blue era peligrosa en la cama. Pero al menos con él, no se había comportado como una mantis religiosa. Y eso ya era algo.

Pensaba en ello Ranko mientras se recuperaba de las dos horas más exhaustivas pasadas entre sábanas de mujer en mucho tiempo. Jade dominaba las técnicas eróticas orientales tan perfectamente como los métodos sexuales occidentales. El resultado de esa explosiva combinación haría palidecer de envidia a los autores del Kama-Sutra. El podía garantizarlo por experiencia.

Ahora estaba allí, vigilando la tienda de antigüedades de Lobsang Tiong, en Serangoon Road, a escasa distancia de Rangoon Road y del Parque Farrei. Eran casi las cuatro de la madrugada en su reloj. Ni siquiera sabía si aquella espera iba a conducir a algo, a tan altas horas de la mañana.

Pero evidentemente la suerte seguía acompañando a Ranko en aquella aventura, al menos hasta el momento presente. Sólo llevaba una hora en su atalaya, no lejos del bellísimo templo budista de las Mil Luces, cuando una puerta lateral, al lado de la tienda de antigüedades, se abrió silenciosamente, saliendo por ella un hombre menudo, de raza oriental, totalmente calvo, de lacios bigotes canosos, muy largos, así como de una cómica perilla igualmente canosa, rostro apergaminado y movimientos furtivos.

Encajaba exactamente en la descripción que de él le hiciera Jade Blue una vez terminada la batalla amorosa en su alcoba, entre aromas de incienso y pebeteros de almizcle. Aquél era Lobsang Tiong.

No se podía imaginar adonde iría a tales horas, pero resolvió seguirle a prudencial distancia. Ranko se dijo que si su hombre

tomaba algún vehículo, lo perdería sin remedio, a menos que tuviera la suerte de hallar uno que pudiera robar para perseguirle. Pero la fortuna seguía de su parte. En ningún momento tomó Tiong vehículo alguno, limitándose a caminar a pie, con paso breve y rápido, a lo largo de Serangoon Road, como si se dirigiera al aeropuerto, situado al nordeste de la ciudad. Pero se detuvo a la altura de Balestier Road, doblando hacia el norte de la misma. Le vio llegar ante un edificio en cuya planta baja parecía haber instalado un negocio de exportación e importación de productos tradicionales de Oriente, pero Ranko se dijo que todo aquello olía a pura fachada. Golpeó en una puertecilla situada junto a los cierres metálicos del establecimiento, y Ranko captó que sus amarillentos nudillos daban tres golpes suaves, tres fuertes y otros tres suaves. Luego, la puerta se abrió. El anticuario se perdió tras ella, volviendo a cerrarse ésta herméticamente.

—Tal vez sea un lugar de reunión de la secta —se dijo Jerry, pensativo—. Valdría la pena probar a ver si es así. Total, no tengo mucho que perder…

Decidido, avanzó hacia el edificio. Su rostro había adquirido su habitual belicosidad, dispuesto a aclarar las cosas lo antes posible. La ciudad no era su habitual campo de batalla, pero no podía elegir. Era el terreno elegido por el adversario.

Se detuvo ante la puerta cerrada. Repitió la llamada tal como la viera en el anticuario, esperando acontecimientos. Estaba dispuesto a todo.

La puerta se abrió. Asomó el rostro aceitunado de un oriental. Por una fracción de segundo, el estupor se reflejó en aquel rostro de modo mayúsculo, como si le fuera del todo imposible imaginar cómo aquel desconocido había podido llamar de la forma convenida por los adictos al lugar. Luego, esa expresión se borró del todo, al alargar su brazo Jerry, de forma demoledora. El impacto de su puño fue como un mazazo brutal en pleno rostro del portero, que se desplomó como fulminado por un rayo.

—Paso libre —se dijo Ranko, pasando sobre el cuerpo inerte del hombre—. Esto empieza de maravilla.

Se movió hacia adelante sin esperar a más. Su mano diestra esgrimía ya la pistola automática, en tanto la zurda empuñaba el formidable cuchillo dentado. Avanzó con ambas armas dispuestas a

abrirse paso a cualquier precio.

Y de pronto, una voz le llegó nítida, precisa. Una voz de mujer, desgarradora, llena de horror, de dolor, de angustia sin límites. Una voz que expresaba algo horrible, espantoso. Tal vez dolor, agonía, tortura infinita y aterradora…

Pero lo peor no era eso. Lo peor es que Ranko acababa de reconocer la voz que reflejaba tanta angustia y tanto sufrimiento.

¡Era la voz de Anabel, la esposa de su amigo Bruce Vincent!

No esperó a más. Con un rugido de fiera rabiosa, Ranko se precipitó hacia el fondo de la casa, dispuesto a arrollarlo todo como un Némesis implacable, con tal de salvar a aquella mujer en peligro.

* * *

Era como un incontenible huracán, como un tornado repentinamente puesto en marcha dentro de la misteriosa casa de Balestier Road. En una de sus manos sujetaba su poderosa automática; en la otra, el ancho cuchillo dentado. Sus recios pasos, su furibunda voz, causaron la alarma de los ocupantes de la vivienda. Ante él aparecieron de repente tres hombres de piel amarilla, con gesto de sorpresa, pero empuñando los tres modernos y ligeros fusiles ametralladores.

Ranko los barrió literalmente a tiros, antes de que llegasen a entender lo que sucedía. Los cuerpos saltaron contra los muros, convertidos en monigotes tronchados. Un cuarto individuo que asomó tras ellos pistola en mano, recibió en pleno cuello el terrorífico cuchillo de Ranko, disparado con maestría increíble. Se quedó clavado a un quicio de la puerta, con la hoja atravesándole la garganta para hincarse en la madera.

Pasó sobre los tres cadáveres, arrancó de pasada el cuchillo de un tirón, para meterlo, ensangrentado todavía, en su funda de piel. Sustituyó ése arma blanca por una granada de mano. Ante él se hallaba una escalera descendente, a cuyo pie surgieron otros tres hombres, éstos provistos de potentes fusiles ametralladores de manufactura americana. Le encañonaron sin vacilar. Ranko mordió con rabia la argolla de seguridad de la granada, lanzándola luego contra los sectarios, tras arrancarla del negro óvalo de metal.

Estalló con violencia entre los tres hombres antes de que pudieran apretar el gatillo de sus armas. Sus fragmentos

sanguinolentos lo salpicaron todo, en medio de una llamarada y de una densa humareda, mientras trozos de los muros se desplomaban por efecto de la explosión.

Apenas pasado ese efecto devastador, el corpachón de Ranko penetró por entre el humo y los despojos humanos, encontrándose en una amplia estancia donde una escena de horror le convulsionó terriblemente.

Anabel Vincent, la esposa de su amigo, colgaba de unas cadenas sujetas al techo, donde había sido torturada brutalmente. Atados sus pies con correas, la sangre corría por su cuerpo semidesnudo, la cabeza caía sobre el pecho. Ante ella, se veía un hornillo con instrumentos de tortura. La cámara de los tormentos era una habitación cuadrangular, con dos puertas: la que él acababa de utilizar y otra que se abría en el muro opuesto. En el momento de entrar él, creyó ver que esa otra puerta se cerraba rápida, sigilosamente.

Dudó entre asistir a Anabel o correr hacia la puerta cerrada. Tragó saliva, dominando difícilmente la helada furia que le embargaba ante la horrenda escena. Se aproximó a Anabel subiendo los escalones que conducían a su lugar de tortura. Alzó su cabeza. Aún vivía. Jadeaba roncamente, el rostro cubierto de quemaduras, los ojos vidriosos, que parecieron mirarle sin ver.

—Anabel… —susurró Jerry con voz quebrada—. Anabel, soy yo, Ranko… tu amigo. ¿Qué te han hecho, cómo te trajeron aquí? ¿Dónde está Bruce?

—Bruce… —sollozó ella de forma ahogada—. Cuida… —Tosió secamente—… cuida de él… Cuídate, Ranko… yo… me… muero…

—¿Quién? ¿Quién hizo esta salvajada? —El tono de Ranko era chirriante.

—Ellos… Son los miembros de… de una secta monstruosa… Yo sabía algo… Y querían saber qué era… Me… torturaron horriblemente… Ranko, guárdate de ellos… Son como fieras. Y tienen poder. Mucho poder…

—Anabel, no te fatigues. Te bajaré de ahí, te llevaré al hospital, amiga mía…

—Todo es… inútil… El hermano Dragón es… estuvo aquí. El ordenó todo. Yo sé quién es…

—Anabel… ¿Qué es lo que sabes exactamente? —la apremió,

angustiado, notando que, efectivamente, todo era inútil. Que la esposa de Bruce se moría.

—Sé… lo que pretenden… Tienen a sus prisioneros… en la isla…

—¿Isla? ¿Qué isla? —demandó roncamente.

—La Isla del Volcán… Java… —susurró con voz cada vez más apagada—. Ranko, no vayas allí… Te harían pedazos… Son demasiados… y muy fuertes…

—Anabel, por el amor de Dios, ¿qué isla es ésa? —apremió de nuevo.

—Es su santuario… Los Dioses del Odio… están allí, en el Templo de Kera, el Mono Asesino… Yo… ¡Ranko!… Bruce —dilató sus ojos, vomitó sangre, exhaló un hondo suspiro. Y murió.

Ranko encajó sus mandíbulas con fiereza. Sus ojos fulguraban odio, de impotencia, de coraje. Lo peor es que no tenía al alcance de sus manos a nadie en quien explayar su tremenda dosis de odio, de rabia, de afán de venganza.

Corrió como un desesperado hacia la puerta del fondo. La probó. Estaba cerrada con llave o pestillo. No cedió. Ranko apoyó su pistola en la cerradura, disparando. Pulverizó el cierre a quemarropa. Empujó, saltando al otro lado con fiereza.

Ya no había nadie allí. Una escalera ascendía hacia una salida a la calle. Vio en la distancia un coche que se alejaba con rapidez, doblando una esquina a cosa de dos o tres manzanas de distancia. Disparó en esa dirección, pero fue inútil. No le era posible alcanzar al fugitivo.

—Tal vez fuese él en persona… El Hermano Dragón, el cerebro de esa odiosa secta de asesinos… —jadeó apretando chirriante sus mandíbulas, sudoroso y crispado.

Regresó junto a Anabel. La descolgó de su lugar de tortura, depositándola suavemente en el suelo. Cerró sus ojos de forma piadosa. Apretó las yertas manos, donde los instrumentos de tormento habían arrancado sus uñas.

—Juro que te vengaré, Anabel. Te vengaré por encima de todo. Pagarán con sus vidas cuantos te hicieron esta infamia —jadeó con voz convulsa—. Sobre todo ese maldito monstruo… el Hermano Dragón.

No descansaré hasta conseguirlo, palabra de Jerry Ranko…

Cargó con ella en sus poderosos brazos de henchidos músculos. Caminó hacia la salida resueltamente. Su avance por las calles de un Singapur curiosamente semidesierto a aquellas horas, tenía algo de patético, de impresionante. Los escasos transeúntes que se cruzaban con él se apartaban asustados al ver su expresión terrible, la sombría faz de aquel coloso de mirada afilada como un cuchillo.

Así llegó a la mansión de los Vincent, escoltado por un par de coches policiales cuyos ocupantes se limitaron a seguirle, sin osar intervenir para nada en su acción.

Entró en la casa con Anabel entre sus brazos, como una figura de tragedia griega, majestuoso y terrible a la vez. Demudados, los miembros del servicio le abrieron paso. De una estancia salieron dos policías de Singapur en uniforme y un hombre vestido de paisano, que le contemplaron estupefactos.

Luego, apareció Bruce Vincent. Clavó sus ojos en el cuerpo de su bella esposa muerta y lanzó un grito terrible, estremecedor.

* * *

—Es algo espantoso —manifestó Shenton Baru, funcionario nativo de la policía, cambiando una mirada elocuente con Edgar Maxwell, funcionario inglés del mismo organismo oficial—. La denuncia del señor Vincent era por desaparición, por posible secuestro.

Y ahora, es asesinato, con la agravante de horribles torturas inferidas a la víctima antes de morir.

—Así es —convino el funcionario británico de Singapur con tono sombrío, moviendo afirmativamente su canosa cabeza—. Nadie se explica aquí por qué raptaron a la señora Vincent. Y menos aún por qué la torturaron y asesinaron. ¿No puede usted aclararnos algo al respecto, señor Ranko?

La mirada de ambos policías fue hacia la sombría, gigantesca figura del americano, asomado al ventanal por el que se veía amanecer sobre la ciudad malaya. Ranko apretó los labios, sin pestañear. No se volvió siquiera para responder secamente:

—No, no puedo. Ella murió en mis brazos, pero no tenía fuerzas para decir nada. Sólo habló de una secta… Y expiró. ¿Qué más puedo decirles, caballeros?

—Por ejemplo, la causa de su presencia en el lugar del crimen,

exactamente. Es un lugar del que ninguno de nosotros hubiera sospechado jamás nada ilícito. Y usted, que hace sólo unas horas que está en Singapur, se hallaba precisamente allí…

—Yo ni siquiera sabía que habían secuestrado a la señora Vincent.

—Oh, claro. Su esposo notó su ausencia ya de noche. Descubrió huellas de violencia en su dormitorio y señales de pasos en el jardín. Nos avisó de inmediato. Pero nadie había visto nada en la casa. Tampoco oyeron ruidos. Hemos pasado toda la noche intentando hallar una pista que nos condujera a ella. El señor Vincent también intentó localizarle a usted, pero en vano. Nos dijo que confiaba mucho en su gran amigo y camarada Jerry Ranko.

—Yo estaba divirtiéndome un poco por ahí —mintió fríamente Ranko—. Por puro azar seguí a un tipo sospecho que intentó robarme. Y fui a parar allí, donde estaba la señora Vincent cautiva. Es lo único que puedo decirles.

—Es una historia demasiado improbable para creerla. Usted dejó masacrada esa casa. Y llena de cadáveres, además. ¿Es ésa su forma de divertirse de noche?

—Ellos me atacaron al descubrirme. Tuve que defenderme.

—Señor Ranko, su historia no se tiene en pie —cortó con aspereza Shenton Baru—. Casualmente, anoche hubo un conflicto en Chinatown. Un gang malayo aniquiló a varios chinos de la organización de Jade Blue, mujer de gran poder en esa zona. Luego, alguien liquidó a los malayos con métodos parecidos a los suyos. ¿De veras no sabe tampoco nada de ese asunto?

—¿Por qué tendría que saberlo? —Se irritó Jerry—. ¿Qué investigan ustedes? ¿El asesinato de una mujer o los pasos que da un ciudadano americano por su ciudad?

—Calma, calma, señores —terció conciliador Edgar Maxwell, el funcionario inglés—. En cierto modo, el señor Ranko tiene razón. Fuese quien fuese el que exterminó a toda aquella basura de Chinatown lo único que nos hizo fue un buen favor. En cambio, la tortura y muerte de la señora Vincent es un asunto mucho más penoso y lamentable. Es ahí donde debemos centrarnos, querido Baru.

—Desgraciadamente, no tenemos la menor base en que sustentar nuestras pesquisas, Maxwell —replicó el funcionario malayo—. No

parece tener sentido que nadie quisiera hacer daño a esa pobre mujer, a menos que quisiera causárselo a su esposo de rechazo.

—¿Por qué causar daño a su esposo? Es un simple comerciante, un exportador e importador… —protestó Maxwell.

—Vamos, vamos, no trate de considerarme un niño que se traga todos los cuentos de hadas que le cuentan —rió sardónico Shenton Baru—. Sé que Bruce Vincent, bajo su apariencia de honesto comerciante americano en Singapur, se dedica a tareas de Inteligencia con su país en el Sudeste Asiático. Y un hombre así tiene que tener necesariamente enemigos.

—Y los tengo —dijo fríamente una voz sorda, a espaldas de ambos funcionarios, que se volvieron, desagradablemente sorprendidos por la presencia de Vincent—. Pero no creo que ninguno fuese tan vil como para causar ese daño a mi pobre Anabel…

—Bruce, deberías estar descansando ahora… —sugirió Ranko, sombrío.

—No puedo, Jerry, no puedo —sonrió amargamente su viejo camarada del Vietnam—. Con el cuerpo de Anabel ahí, me sería imposible cerrar siquiera los ojos un momento. Es como una horrenda pesadilla. Ella, tan dulce, tan sensible, tan tierna… convertida en un pobre despojo por culpa de esos desalmados…

—Señor Vincent, estamos investigando los hechos —dijo gravemente Maxwell desviando su mirada—. Le garantizo que…

—No. Usted no puede garantizar nada. Nadie puede hacerlo —cortó Vincent, agresivo—. Lo único cierto es que perdí para siempre a mi esposa. Y los miserables que lo hicieron andan sueltos.

—No todos —replicó Shenton Baru—. El señor Ranko hizo una buena masacre en el lugar donde halló a su esposa, Vincent.

—Lo sé. —Bruce miró agradecido a su amigo—. Pero también sé que el cerebro, el cabecilla del grupo escapó, ¿no es cierto, Jerry?

—Sí. Posiblemente se tratase de Lobsang Tiong, un anticuario de Singapur. No estaba entre los hombres que tuve que abatir en la casa.

—Lobsang Tiong es un respetable comerciante de la ciudad —objetó Baru.

—Lo dudo. Formaba parte del grupo de secuestradores. Y desapareció.

Los funcionarios de Singapur parecieron molestos. Tras unas cuantas preguntas más, se ausentaron evidentemente contrariados y desconcertados. Se quedaron solos Vincent y Ranko. Los dos amigos se dieron con apretado, emocionado abrazo.

—Ahora dime la verdad, Jerry —rogó Bruce—. ¿Qué es lo que sucedió hasta que encontraste muerta a Anabel?

—No la encontré muerta —negó Ranko—. Aún vivía cuando di con ella. Y tuvo tiempo de contarme algunas cosas en su agonía.

—¿Qué cosas? —Los ojos de Bruce brillaron excitados.

Se lo narró todo, desde su encuentro con Jade Blue. Vincent le escuchó en silencio. Estaba muy pálido y demudado. Parecía tener quince años más encima desde que le llevara el cadáver de Anabel. Al terminar Jerry su relato, tragó saliva, apretando los labios con ira mal contenida.

—Los Dioses del Odio… Nunca oí hablar de ellos, Ranko —confesó.

—Pues ahora ya los conoces. De alguna forma, Anabel descubrió algo sobre ellos. Y al saberlo, los miembros de esta secta la raptaron, torturándola para saber lo que ella conocía respecto a sus planes.

—Pero, Dios mío, ¿dónde pudo averiguar Anabel cosas así? Casi nunca salía de esta casa…

—Era muy inteligente. Sin duda supo bucear mejor que tú en ciertos asuntos. Pero eso la perdió definitivamente, por desgracia.

—Te dijo que cuidaras de mí… —susurró Bruce, estremeciéndose.

—Así es. También me dijo que no me metiera con esa secta, que eran demasiado poderosos.

—Parece ser cierto. Sólo una organización de gran poderío es capaz de tener en su poder a dos grandes dignatarios mundiales…

—Pero ahora sabemos dónde los tiene.

—La Isla del Volcán… —Vincent meneó la cabeza, perplejo—. En Java… Nunca oí hablar de esa isla.

Y eso que conozco bien Indonesia. Existen miles de islas sin nombre diseminadas por los mares de Timor, de Java, de Arafura, de Banda, de Flores, de Célebes… Cualquiera de ellas podría recibir ese nombre, porque existen muchas de origen volcánico en la región, Jerry. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Tal vez —encajó enfáticamente sus recias mandíbulas con expresión feroz—. Pero yo la encontraré, Bruce, palabra. La encontraré aunque me lleve el resto de mi vida. Y ahora ya me tienen sin cuidado esos dos, el chino o el ruso. Es por Anabel.

—No irás sólo esta vez. Te acompañaré, Jerry.

—Ni lo sueñes. Siempre me las arreglé en solitario. Y seguirá siendo igual. Tú serías esta vez más un estorbo que otra cosa. Deja que yo haga las cosas por mí mismo, como hasta ahora.

—¿Vas a buscar al Hermano Dragón?

—Sí. Sea quien sea, es el auténtico culpable de todo.

—¿Crees que puede ser realmente el anticuario Lobsang Tiong?

—Podría serlo. Lo cierto es que puede ser cualquiera: incluso uno de esos policías, Shenton Baru, el malayo, o Edgar Maxwell, el británico.

—¿Estás loco? —se asombró su amigo.

—No. Sólo que no me fío de nadie. Incluso Jade Blue podría ser ese jefe misterioso. ¿Por qué no ser una mujer el cerebro de la organización tan perfecta y poderosa?

—Eso es dar palos de ciego, Jerry.

—Lo sé. Pero alguna vez mis palos van a caer sobre alguien. Debo irme ahora, Bruce. Quiero llegar cuanto antes a la Isla del Volcán.

—Puede que pasen semanas o meses antes de que la localices. Es una locura.

—Me gustan las locuras —dijo Ranko recogiendo su arsenal con gesto frío, resuelto—. Nos veremos, Bruce, si salgo con vida de ésta. Si no… será porque ellos han sido más fuertes que Ranko. Y eso no es cosa fácil, créeme, ni tan siquiera para los Hermanos del Odio.

# CAPÍTULO VII

El encargado de la compañía de vuelos chárter se encogió de hombros, recogiendo el dinero de manos de su nuevo cliente. Contó los billetes de cien dólares minuciosamente. Los dólares americanos seguían siendo la moneda más apreciado en Singapur.

—Está bien, allá usted con ese viaje —dijo—. Pero le repito que aquí nadie ha oído hablar nunca de una tal Isla del Volcán. Volcánicas hay centenares de ellas, pero ninguna recibe oficialmente ese nombre en toda Indonesia.

—Es igual. La encontraré. ¿Tiene combustible suficiente el helicóptero?

—Claro. Además, podrá repostar en nuestros centros de Bangka, Telukbetung, Jakarta, Bandung o Surabaya. Y recuerde: si el helicóptero sufre algún daño, tendrá usted que pagarlo, al margen de esta suma que deja en calidad de pago del servicio y de garantía. ¿Seguro que no necesita un piloto experto en esas rutas?

—Seguro —afirmó Ranko con rotundidad—. Me basto yo sólo para eso. He tripulado más de cincuenta helicópteros en mi vida, amigo. No tienen secretos para mí. Ni las rutas de Indonesia tampoco, contando con una buena carta.

—La llevará a bordo. La radio le permitirá contactar con nuestras estaciones o las del gobierno indonesio. Buena suerte, amigo.

—Gracias —dijo irónicamente Ranko, caminando hacia el helicóptero elegido, cargado con sus bolsas repletas de armamento y munición—. La necesitaré, no crea…

Poco después, el helicóptero, moderno y de ligero diseño, despegaba del helipuerto de la compañía de vuelos chárter, emprendiendo su ruta hacia el sudeste, en dirección a Indonesia,

particularmente hacia la isla de Java…

El encargado de la empresa siguió con mirada crítica el ágil vuelo del aparato, sobrevolando el sur de Singapur, en la extremidad inferior de Kuala Lumpur. Meneó la cabeza, pensativo, guardando el grueso fajo de billetes.

—No sé si es un loco o un fanático —gruñó—. Pero sabe conducir helicópteros, de eso no hay duda. Juraría que todo lo que lleva consigo es armamento. Todo un arsenal. Y tiene una cara, un gesto tan extraño… La verdad, no me gustaría tener por enemigo a ese hombre…

Ajeno a tales comentarios sobre su persona, Jerry Ranko sobrevolaba ya las costas del Estrecho de Malaca, que separaba Kuala Lumpur y Singapur de las primeras islas indonesias. Ciertamente, la expresión del hombre que conducía el aparato era como la de una máscara de salvaje fiereza, la de un rostro tallado en bronce, reflejando odio, rabia, sed de venganza, afán de violencia devastadora…

Durante varias horas, el helicóptero conducido por Jerry Ranko sobrevoló islotes, mar azul, proyectando su sombra de gigantesco insecto zumbón en paisajes de ensueño, sobre aquel interminable archipiélago de islas diversas, flotando sobre el océano como manchas de un verde luminoso, resplandecientes de vegetación tropical, densa y frondosa.

Los ojos de Ranko no estaban para las bellezas deslumbrantes del panorama extendido a sus pies, sino para la búsqueda constante, frenética, de pequeñas islas sin nombre concreto en las cartas de navegación, de fragmentos de roca y espesura que parecían flotar en los mares asiáticos como inertes naves de un mundo de ensueño.

Eran muchas las que ofrecían carácter volcánico, sobrevolándolas con insistencia, sobre todo cuando, después de repostar gasolina en las estaciones de helicópteros de Palemberg y Jakarta, alcanzó la zona sur de Java, rica en islotes de origen volcánico, muchos de ellos todavía con sus cráteres apagados surgiendo como bocas lunares en la superficie invadida por la vegetación.

La búsqueda continuaba, implacable. Aquel hombre inagotable, sentado al timón del helicóptero, parecía hecho de acero o de bronce. Ni un gesto de cansancio, ni un relajamiento de sus

músculos tensos o de sus nervios y tendones. Era una máquina de guerra, un inexorable mecanismo devastador puesto en marcha, a la espera de tomarse la justicia por su mano a la primera ocasión que se le presentara.

Era, en suma, Ranko. Un hombre hecho para matar. Forjado para destruir. Imbuido de la idea de aniquilar antes de ser aniquilado o de que lo fueran sus amigos.

Ranko siguió adelante. Siempre adelante. Volvió a revisar los islotes volcánicos. No le importaba no ver nada, no descubrir nada, no encontrar cosa alguna que le fuera útil, que significara un rastro capaz de conducirle hasta los aborrecibles Dioses del Odio. Ranko continuaba adelante, siempre adelante. Dejó atrás la alargada isla de Java, en el corazón de Indonesia. Y prosiguió la búsqueda, infatigable, sin el menor síntoma de desaliento en su rostro o en su cuerpo.

Hasta que de repente…

* * *

De repente aparecieron ante él, surgiendo de detrás de una masa de blancas nubes que, como níveo algodón intangible flotaban ante el morro del helicóptero.

Eran tres helicópteros. Los tres negros, con una ancha franja amarilla cruzando en diagonal su metálico fuselaje. Se le vinieron encima con un áspero ronroneo de su mecanismo helicoidal.

Se trataba de helicópteros de combate, tan sofisticados y potentes como los que podía utilizar el ejército norteamericano en campaña. Demasiado poderosos para su frágil helicóptero de alquiler, provisto solamente de una pequeña ametralladora y de sus propias armas.

Ranko supo que era una batalla perdida de antemano. No podría nunca derrotar a aquellos tres colosos del aire que le estaban rodeando en este momento, tras su súbita aparición en escena.

Una lluvia de balas se le vino encima. Maniobró hábilmente, subiendo y bajando en vertical, desplazándose de lado o dando bandazos violentos a su aparato, para eludir las rociadas de proyectiles que describían en el aire trazos humeantes.

Pudo evitar la primera andanada, situándose al costado de uno de los helicópteros enemigos finalmente. Le resultaba curioso

comprobar que ni siquiera se habían molestado en darle el alto o tratar de identificarle. Parecían saber bien de quién se trataba. Y no eran aparatos oficiales indonesios. Había solicitado permiso de las autoridades de Jakarta para sobrevolar su territorio sin problemas.

Aprovechó su fugaz situación de ventaja sobre el helicóptero rival. Le asestó el cañón de una de las armas que, precipitadamente, sacara de las bolsas que llevaba consigo en aquel vuelo. Era un lanzagranadas especial, patentado recientemente por el Ejército de los Estados Unidos. Apuntó al aparato negro y amarillo, apretando el resorte de disparo, medio asomado audazmente por la portezuela del helicóptero.

El proyectil brotó en medio de un poderoso estampido, yendo a estrellarse en pleno centro del helicóptero rival. Una formidable explosión conmovió los cielos, sacudiendo incluso su propio aparato. El enemigo se hizo añicos, en una negra humareda violenta, que dispersó los trozos de aparato y pilotos por doquier.

Los enemigos eran ya sólo dos. Y se habían percatado del desastre de su compañero.

Vinieron hacia él como furibundos abejorros de acero, dispuestos a vengar a sus camaradas abatidos. Vislumbró los rostros amarillos, convulsos, tras los vidrios oscuros de la cabina de pilotaje. Y el llamear de las ametralladoras, centradas en su helicóptero.

Maniobró con celeridad, eludiendo los acosos enemigos con increíble pericia, en una especie de dramático *ballet* de alados danzarines de metal, flotando en un escenario de aire y nubes, sobre una platea de mar, islas y calma tropical. Su situación era cada vez más arriesgada y difícil, pese a todo. Los vidrios de su carlinga se cubrieron de estrías y de boquetes, cuando varias balas les dieron alcance, dificultándole la visión, pero sin alcanzarle, por simple fortuna.

El bailoteo exasperado de su aparato se hizo más difícil aún, acosado como estaba por sus adversarios, así como forzado a una visibilidad más bien precaria. Logró mantener el ritmo de vuelo y la pericia de sus maniobras durante un buen rato.

Pero, finalmente, se vio cara a cara con uno de los helicópteros enemigos. Y con el otro a su flanco, dispuestos ambos a abrir fuego.

No se lo pensó dos veces. En lugar de eludir la frontal de su

adversario para ofrecer todo el flanco al segundo enemigo, como ellos esperaban, mantuvo el rumbo, lanzando su helicóptero de forma inesperada, a toda velocidad, contra el aparato situado ante él.

Éste abrió fuego a la desesperada, al verse venir encima al enemigo, sin tiempo material para eludirlo. El helicóptero de Ranko se estremeció al recibir de lleno el rosario de balas. Comenzó a incendiarse. Pero ya estaba virtualmente encima del otro helicóptero, mientras el segundo aparato enemigo, con evidente desconcierto de su piloto, tardaba en apretar los gatillos de sus ametralladoras.

Ranko saltó al vacío por la portezuela abierta de su helicóptero en ese preciso instante, llevándose consigo una de las bolsas de armas que formaban su equipaje. Lo hizo muy a tiempo.

Su helicóptero se convirtió en una bola de fuego, al estrellarse de lleno con el otro, ambos aparatos de frente. Los dos saltaron en mil pedazos, en una terrorífica explosión, dispersando sus restos por el aire. Dos pilotos fueron desintegrados en el impacto.

Quedaba volando solamente el tercero y último helicóptero, con evidente asombro y desconcierto de su piloto ante la tragedia ocurrida ante sus ojos. Ranko, sujeto a su paracaídas, flotaba en el vacío, meciéndose majestuosamente sobre la calma del mar azul.

Tardó en reaccionar el conductor del último helicóptero superviviente de la batalla aérea. Cuando lo hizo, Ranko besaba ya las aguas, donde los pliegues de su paracaídas se fueron posando blandamente. El helicóptero enemigo inició un descenso en picado, como un insecto agresivo, en busca suya. Ranko no pudo hacer nada, nadando cuanto le era posible e intentando sumergirse.

Las balas empezaron a salpicar las aguas, sembrándolas de pequeños círculos concéntricos. El cuerpo de Ranko se agitó entre las aguas. Éstas se tiñeron de rojo en torno suyo. Bruscamente, quedó inmóvil boca abajo, flotando en la superficie, con los brazos extendidos, mientras la mancha de sangre se extendía más y más alrededor, enturbiando de color rojo cárdeno las aguas.

El helicóptero hizo otra rociada sobre el cuerpo, pero éste no se movía ya lo más mínimo. Satisfecho, el piloto del helicóptero negro y amarillo levantó de nuevo el vuelo. Se alejó de la figura inerte de Ranko, que flotaba inmóvil en las aguas del Mar Savu, allí donde

era más nutrido el número de pequeños islotes sin, nombre, muchos de ellos de claro origen volcánico, quizás gran parte de los mismos supervivientes del cataclismo mítico del Krakatoa, en otros tiempos.

Sobrevoló unos instantes uno de esos islotes en concreto, de forma alargada, pero con una forma rocosa adoptando la apariencia de un cono truncado en medio de la vegetación, acusando la presencia de un apagado volcán.

Lentamente, el aparato descendió en vertical sobre el islote en cuestión, visible desde donde tuviera lugar el combate aéreo y la caída dramática de Ranko a las aguas donde el piloto vencedor le viera flotar en su propia sangre.

El helicóptero negro y rojo se hundió en la misma boca del volcán, desapareciendo por completo.

# CAPÍTULO VIII

—Asunto resuelto. Jerry Ranko está muerto.

Las palabras del piloto de raza amarilla que había hablado en perfecto e inteligible inglés, resonaron huecamente en la estancia de amplia bóveda y desnudos muros.

Hubo un murmullo de aprobación alrededor suyo. Los siniestros personajes arropados de negro, con una franja amarilla sobre su pecho, las caperuzas caídas sobre el rostro, formaban una especie de coro dantesco de una escena de aquelarre. Pebeteros gigantes despedían humo aromático en las esquinas de la estancia.

En medio de toda esa lúgubre escenografía, alumbrada por hachones encendidos que colgaban de los muros, dos hombres esperaban, con gesto de preocupación, sentados en sendos butacones.

Uno era también de raza amarilla. El otro, caucasiano de rasgos europeos. Cualquiera les hubiese podido reconocer, de aparecer en público sus rostros. Eran los máximos dirigentes de China y de la Unión Soviética, los estadistas desaparecidos en Singapur.

Otro encapuchado monje negro y amarillo aparecía al fondo de la sala, sentado en una especie de trono natural, tallado en la roca viva. Asintió con la cabeza, tras el informe del piloto.

—Eso nos complace —dijo—. Muerto ese hombre, nada tenemos que temer. El Hermano Dragón estará satisfecho, sin duda alguna. La suerte del mundo está ahora en nuestras manos. Nadie va a interponerse entre los Dioses del Odio y su futuro poderío sobre la Tierra.

Nuevos murmullos de asentimiento surgieron por doquier. El mandatario ruso pareció perder la paciencia.

—¡Estáis todos locos si esperáis algo así! —clamó airado,

agitándose en su asiento—. ¡El mundo nunca pudo ser propiedad de unos pocos! ¡Fracasaron desde Aníbal a Napoleón en ese empeño! ¡También vosotros fracasaréis, hatajo de mamarrachos!

—¡Silencio! —ordenó el encapuchado del trono señalándole con un largo, huesudo dedo—. Hemos demostrado nuestro poder. No somos un hatajo de mamarrachos, y lo sabes. Ambos lo sabéis. Somos los Hermanos del Odio. Los que odian al mundo actual, a su entramado, a su sistema. Los que cambiarán la faz del planeta en el futuro, para que Asia sea la más poderosa. Hemos podido secuestraros a vosotros, dos grandes políticos protegidos y vigilados, en las propias narices de policías y escoltas. Hemos acabado con Jerry Ranko, un mítico héroe americano. Vuestros dos países, desconfiando uno del otro, están a punto de romper hostilidades si vosotros no aparecéis. Será la guerra. Y una guerra entre China y Rusia, significa una guerra a escala mundial, en la que inevitablemente se verán involucrados los Estados Unidos, la OTAN, el Pacto de Varsovia, absolutamente todos. De esa guerra total, surgirá el mundo nuevo que los Hermanos del Odio deseamos.

—Mi colega tiene razón —suspiró el dirigente chino—. Están todos locos. Eso es un imposible.

—No lo es tanto. Su Gobierno de Pekín ha dado un ultimátum al de Moscú —rió la voz bajo la caperuza—. Ello significa, ni más ni menos, que si dentro de veinticuatro horas no aparece usted sano y salvo en Singapur, la declaración de guerra a la URSS, considerada responsable del secuestro, será un hecho cierto. En cuanto el primer misil chino caiga sobre Moscú, habrá empezado la conflagración a escala mundial, ambos lo saben bien, ¿no es cierto?

Se miraron los dos políticos, pálidos y demudados. Parecían vencidos por el peso de las circunstancias.

—Todo esto es delirante, *tovarich* —manifestó el ruso—. Pero me temo que desgraciadamente cierto…

—Así es, compañero —musitó el chino, abatido, hundiendo el rostro entre ambas manos.

—Y ahora, hermanos míos —prosiguió el encapuchado del trono con voz grandilocuente—, os debo anunciar otra grata nueva: el propio Hermano Dragón en persona va a presentarse ante vosotros con una nueva persona cautiva. Es alguien que puede perjudicarnos mucho, porque sabe demasiadas cosas de nosotros. Y por ello

conviene que esté en nuestras manos, para no salir nunca de aquí con vida. Ante vosotros, hermanos míos, ¡el gran Hermano Dragón!

Hizo un gesto elocuente hacia un cortinaje situado a un lado de su trono, al tiempo que se ponía de pie. Y por aquella cortina, tras aparecer dos enormes chinos de aspecto mongol, cabeza rapada y enorme estatura, surgió un nuevo encapuchado, pero éste no ataviado de monje como los demás, sino con una túnica y una caperuza que envolvía totalmente su cabeza, a excepción de dos delgadas ranuras para sus ojos. Unos guantes, negros como sus ropajes, cubrían sus manos. Tras él, otros dos chinos entraron, portando consigo a una mujer atadas sus muñecas a la espalda.

La mujer también era oriental. Y muy hermosa.

Se trataba de Jade Blue, la reina de los bajos fondos de Singapur.

Hubo un murmullo en la sala. Jade miró a todos con una mezcla de desprecio y de asombro. Luego, se fijó en los dos prisioneros de honor situados en el centro de la sala.

—¡Ustedes! —murmuró—. Excelencias… De modo que era cierto. Están en manos de esta secta de asesinos…

—Así es, señorita —afirmó gravemente el dirigente soviético—. Están locos todos ellos. Pretenden una guerra a escala mundial.

—Y lo malo es que pueden conseguirlo, excelencia —dijo Jade, amargamente—. Son locos, sí. Pero poseen dinero, poder… Sólo un hombre creo que puede pararles los pies algún día. Se llama Jerry Ranko y es norteamericano…

—¡Jerry Ranko! —rió el encapuchado que parecía ser esbirro de confianza del Hermano Dragón—. No cuentes más con ello, querida… Está muerto y bien muerto. Nuestros pilotos le sorprendieron cuando se acercaba a esta isla. Ahora está flotando en el mar, para pasto de tiburones. La última vez que lo vieron, flotaba1 en las aguas, bañado en su propia sangre. Lamento darte esa desilusión, querida Jade…

Ella inclinó la cabeza, abatida. Parecía realmente decepcionada.

—Dios mío —murmuró—. Entonces, todo está perdido…

El Hermano Dragón hizo un gesto grandilocuente. Todos permanecían callados a la espera de sus palabras.

—Escuchadme todos. Os habla vuestro jefe supremo, el Hermano Dragón —comenzó con voz gangosa, de tonalidades

metálicas, que surgía de debajo de su caperuza negra—. He venido para dirigiros a todos en el gran momento. Nuestra odiada civilización actual está a punto de extinguirse. Ellos mismos sé matarán entre sí como fieras, apenas se inicien las hostilidades. Y eso sucederá mañana. Entonces, una nueva Asia, poderosa y dominadora, surgirá de las cenizas, para ser dueña del nuevo mundo, para erigirnos en amos y señores del planeta.

Rumores de aprobación surgieron bajo las monacales caperuzas de los sectarios. El Hermano Dragón los acalló con un gesto autoritario, para proseguir con su peculiar énfasis:

—Escuchad, hermanos; ya no necesitamos para nada a esos dos hombres que tanto significan en la política del corrompido mundo actual. Ni tampoco a esta mujer que he traído conmigo desde Singapur, que podría haceros daño denunciando a las autoridades los informes que de nosotros posee por filtraciones imprudentes de algunos de nuestros propios hermanos en su fumadero de opio. Jade Blue, así como los primeros ministros de China y de la URSS deben morir ahora mismo, sacrificados por el futuro de la Humanidad.

—¡Sí, que mueran! —rugió el coro diabólico de los presentes.

—Y puesto que nuestro enemigo, Jerry Ranko, es ahora pasto de tiburones en el mar, procedamos al sacrificio de estas tres inútiles vidas ante nuestro dios supremo, Kera, el Mono Asesino.

Otro clamor aprobó sus palabras. Los gigantescos chinos fueron en busca de los dirigentes políticos. Todos los sectarios se pusieron en pie. Jade Blue miró en torno angustiada, comprendiendo que no había salvación posible para ninguno de los tres condenados.

—Estamos perdidos… —Manifestó sordamente.

—Resignación, amiga mía —suspiró el gobernante chino—. Esperemos, cuando menos, que el mundo no sea tan torpe como para entrar en guerra por nosotros…

—Desgraciadamente, eso es lo que va a ocurrir, ambos lo sabemos —terció el mandatario ruso.

Fueron rodeados por los esbirros del Hermano Dragón, y conducidos a través de aquella cortina nuevamente, pero ahora hacia unos peldaños tallados en la roca, que conducían a una planta inferior de aquel edificio. Allí sí había luces eléctricas, aunque tamizadas. De otros pebeteros, se elevaba el aroma a almizcle y a incienso, hasta convertir la atmósfera en mareante.

Y se vieron ante el Mono Asesino. Ante Kera.

Era un enorme altar, ante un mono gigantesco, monstruoso, tallado en piedra, que recordaba vagamente al King Kong mítico de las películas. A su pie, una roca plana, ovalada, aparecía cubierta de manchas de sangre, muchas de ellas viejas y oscurecidas. Los tres cautivos se estremecieron.

—Ése es el altar de sacrificios —musitó Jade—. Ese maldito loco que dirige a estos asesinos, les tiene dominados a través de una religión ancestral, de ritos ante un animal adorado, en este caso el mono… Tal vez las drogas, los alucinógenos, formen también parte del entramado de su poder, de su magnetismo, del carisma de que disfruta el Hermano del Odio ante su gente…

—¡Ahora rindamos tributo a Kera, el Mono Asesino, en nombre del futuro! —clamó el Hermano Dragón abriendo sus brazos en cruz dramáticamente, a pies del gigantesco mono de piedra de facciones bestiales—. ¡Que el simio, origen del Hombre, sea símbolo del retorno de una nueva especie humana más sabia, que gobierne un mundo sin ambiciones políticas, sin guerras, sin contaminaciones, sin especulaciones ni abusos de poder! ¡Por ese futuro mejor! ¡Sacrifiquemos a estos seres ante Kera, nuestro supremo guía, y que él nos conduzca a la victoria final sobre una civilización podrida y en decadencia!

Un murmullo enfático, lleno de fanatismo, acogió las palabras del misterioso encapuchado. Los tres fueron tumbados sobre la losa manchada de sangre. Los dos gigantescos chinos de cráneo rapado empuñaban sendos alfanjes curvos, prestos al sacrificio.

Pero el propio Hermano Dragón les contuvo, siempre escoltado por el esquelético monje que parecía su esbirro de confianza, extrayendo de sus ropas un cuchillo tallado en piedra, a la usanza de la Antigüedad. Lo alzó en el aire, con gesto grandilocuente.

—¡Por Kera! ¡Hermanos, yo iniciaré el sacrificio, entregando la vida de esta mujer indigna, símbolo del vicio y la degeneración de toda una civilización, a nuestro adorado Kera!

Alzó su arma de piedra sobre la aterrorizada Jade Blue.

Y se dispuso a consumar el primer sacrificio humano de aquella monstruosa ceremonia ritual en las entrañas de un apagado volcán de las islas de Java…

Justamente entonces, apareció Ranko.

# CAPÍTULO IX

Ranko, el hombre muerto en el océano.

Ranko, el hombre a quien los pilotos del helicóptero supervivientes vieran flotar en las aguas en su propia sangre.

Ranko, entregado a su suerte en las aguas de Java, todavía lejos de la Isla del Volcán. Ranko, el hombre con el que ya nadie contaba… estaba allí ahora. Justo en el lugar y en el momento precisos, para asombro de todos.

—¡Ranko! —aulló una voz aterrorizada, presa de un pánico casi supersticioso—. ¡Es él, es Ranko!

Todos los rostros se volvieron hacia el lugar que señalaba el sectario que había hablado. Éste era el piloto del helicóptero superviviente. Tenía razones, por tanto, para identificar de inmediato al hombre que acababa de aparecer, como un fantasma, en las puertas de acceso a la cripta de sacrificios del Mono Asesino Kera.

—¡Ranko! —rugió la voz gangosa y metálica del encapuchado Hermano Dragón, repitiendo el nombre con estupor.

—¡Ranko! —gimió Jade, dando al nombre una entonación completamente distinta, con un signo de esperanza, de ilusión, de júbilo indescriptible—. ¡Está vivo, Dios sea loado, amigos míos!

Asombrados, los dos políticos alzaron la cabeza, mirando al hombre que aparecía no lejos de la propia figura pétrea de Kera, dominando toda la sala de rocosos muros e iluminación espectral.

—¡Matadle! —rugió el Hermano Dragón, señalando hacia Ranko con un gesto autoritario.

—¡Acabad con él, pronto! —Corroboró su esbirro, el hombre de caperuza de monje.

Los gigantescos chinos se movieron hacia él, sustituyendo sus

alfanjes por pistolas automáticas. Los demás sectarios abrieron sus hábitos, dejando aparecer bajo los mismos ligeras pero eficaces pistolas ametralladoras.

Arriba, sobre la piedra, Ranko era como una enorme mole de granito vivo, henchidos a tope sus poderosos músculos, crispadas sus facciones, endurecida su mirada ardiente. El cabello flotaba, mojado aún, sujeto por su banda de tela. En sus manos, un poderoso fusil ametrallador permanecía silencioso aún. Pero no por mucho tiempo.

Comenzó a rugir el arma en sus manos. Llameantes estrías brotaron vertiginosas de su ancha boca. Los cartuchos vacíos volaban por doquier mientras el fusil tableteaba violentamente, haciendo retumbar la sala con sus ecos profundos.

Comenzaron a caer los encapuchados como fichas de dominó derribadas por un poderoso impulso. La sangre salpicó los muros con violencia, mientras los cuerpos se desparramaban por doquier, cosidos a balazos.

Por si ello fuera poco, mientras disparaba el arma con una sola mano, en un alarde de potencia física y habilidad, Ranko se había movido para protegerse de los disparos enemigos tras la rocosa mole del Mono Asesino, y su zurda extrajo de entre sus mojadas ropas varias granadas de mano.

Comenzó a arrojar las primeras sobre los sectarios que se le venían encima. Abrió entre ellos un ancho círculo cuando estalló la granada, reventando a un grupo de sus enemigos. Aun así, se enfrentaba a demasiados enemigos. Caían como moscas, pero al menos ciento cincuenta hombres se enfrentaban a Jerry Ranko, solitario frente a todo aquel poderoso ejército de fanáticos.

Entonces, sin dejar de accionar su fusil ametrallador, viéndose cercado de enemigos que cada vez estrechaban más su cerco a punto de asaltarle, Ranko se llevó tres granadas a la boca simultáneamente. Les arrancó la argolla de seguridad de un solo mordisco, para depositarlas luego cuidadosamente, en un alarde de temeridad, al pie de la pétrea mole del ídolo simiesco.

Todo eso duró apenas un segundo. Rápido, se arrojó abajo, entre la horda enemiga, abriéndose paso a tiros de su fusil y a golpes de su mano izquierda.

Entonces estallaron las granadas. Jade Blue y los dos políticos,

olvidados ahora por completo por sus captores ante la presencia de aquel coloso sudoroso y virulento que era Ranko, contempló estupefacta el resultado de la explosión simultánea de las tres granadas, al pie del ídolo de piedra. El gigantesco mono Kera se tambaleó con su base horadada violentamente por las granadas que acababan de estallar. La piedra, resquebrajada, cedió.

Y como en el templo bíblico de Sansón, la estatua se vino abajo. El dios pagano fue vencido por la furia de Ranko. Su enorme mole de piedra, de toneladas de peso, se fue sobre los sectarios que, hacinados al pie, en su afán de dar caza a Ranko, se vieron venir encima, sin poderlo evitar, aquella demoledora fuerza aplastante, que les trituró contra el suelo por decenas, igual que simples cucarachas.

Fue un sonido horrísono el que retumbó en toda la vasta sala socavada en él fondo del apagado volcán. Temblaron suelos y muros, se apagaron las luces, el pánico corrió entre los presentes. Ranko, convertido en un gigante vengador, en un Némesis inexorable, corrió ahora por entre polvo, cadáveres y confusión, hacia los dos siniestros personajes que permanecían dando órdenes al lado opuesto de la sala.

Ellos le vieron venir. Ambos echaron a correr al unísono, buscando una huida, en tanto Ranko seguía abriendo brecha en las despavoridas filas de los supervivientes con la contundencia de su fusil ametrallador, al que ahora unía la eficacia de su pistola automática, esgrimida con su mano izquierda.

Arañado por algunas balas, sangrante de un brazo y de una ceja, sudor y sangre mezclándose con barro en el rostro granítico del luchador, Ranko parecía un titán, un coloso invencible, surgido para aniquilar, para destruir.

Los dos fugitivos usaron una puertecilla lateral para escapar de la sala de sacrificios. Ranko corría tras ellos, incansable.

Les vio alejarse por un corredor socavado en la roca viva, a todo correr. Se mantuvo a distancia. El Hermano Dragón corría el primero, seguido por su esbirro.

Éste se volvió en dos ocasiones, disparando a la desesperada sobre Ranko. Sus balas silbaron por encima de la cabeza del americano. Cuando lo intentó una tercera vez, Ranko disparó sobre él.

El tipo de hábitos monacales lanzó un alarido. Pegó un salto, abriendo los brazos. Soltó su arma, desplomándose de bruces. El Hermano Dragón, en solitario, al ver caer a su compinche, siguió su carrera a la desesperada.

Ranko se detuvo el tiempo suficiente para quitarle la caperuza al caído. Descubrió bajo la misma el rostro enjuto, apergaminado, del anticuario chino de Singapur, Lobsang Tiong.

—De modo que eras tú… —murmuró—. Un simple esbirro de confianza de ese maldito loco que se hace llamar el Hermano Dragón. Ahora sí sé quién es él, maldita sea… Y no cejaré hasta verle ante mí, cara a cara, sin máscaras…

Siguió la carrera, siempre en pos del cerebro de aquella secta diabólica. El corredor terminó en unos escalones ascendentes, que conducían a una salida al aire libre. La sombra del fugitivo aparecía lejana, allá al fondo, recortándose contra el azul del cielo.

Salió al exterior. Se encontró en el mismo borde de la boca del apagado volcán, bordeando el cráter. Sobre esas orillas, crecía la vegetación ahora. Al pie del mismo, el islote era una enorme fronda, una jungla espesa. Y allí, delante de ellos, sobre una plataforma rocosa lisa, se hallaba un helicóptero negro, con franja amarilla: Era el medio de fuga que andaba buscando sin duda el Hermano Dragón para escapar a su persecución.

Ranko se detuvo. No vaciló. Tenía a tiro a ambos: al fugitivo y al helicóptero. Optó por éste último. Apuntó cuidadosamente con su fusil. Y comenzó a disparar sobre el depósito de combustible del aparato.

Surgió una nube de humo primero. Luego, una llamarada. El Hermano Dragón, asustado, se detuvo. Se llevó las manos al encapuchado rostro. Luego se echó atrás instintivamente.

El helicóptero reventó con un formidable estruendo. Se convirtió en chatarra, dispersa por los aires, que fue cayendo en pavesas sobre la selva y sobre el cráter apagado.

El Hermano Dragón se volvió hacia Ranko. En sus manos empuñaba una pistola ametralladora.

—Bien, me has dejado sin medio de fuga —sonó su extraña voz gangosa—. Ahora estamos frente a frente los dos. Uno debe morir, Ranko.

—Claro —asintió Jerry—. Ese alguien eres tú.

—No estés tan seguro. Dicen que eres implacable como una ñera. Que no te detienes ante nada… salvo algo que atente contra tu honor y tu sentido de la dignidad.

—Es posible que sea así. ¿Y qué?

—Vas a ver mi rostro. Entonces sabrás lo que quiero decir, Ranko.

Éste no dijo nada. El Hermano Dragón se arrancó con una mano la caperuza, manteniendo en la otra su arma apuntando hacia Ranko.

—¿Lo entiendes ahora? —rió el cerebro de la secta—. No puedes matarme.

Ranko ni pestañeó. Se quedó mirando aquel rostro bajo la caperuza. Una mezcla de dolor, de tristeza, de rabia y de ira se confundían en su mirada taladrante.

—Sabía quién eras sin necesidad de quitarte esa capucha… *Bruce* —dijo sordamente. Bruce Vincent parpadeó sorprendido.

—¿Cómo lo supiste? —inquirió.

—No era difícil. Sólo tú sabías que me dirigía en helicóptero a estas islas. Por eso me atacaron. Aún no podían verme desde este islote cuando me interceptaron. Me esperaban porque alguien les avisó. Ése sólo podías ser tú. Además, recordé las palabras que la pobre Anabel me dijo antes de morir. No dijo «cuida de Bruce», como yo entendí. Una tos cortó su frase. Dijo: «Cuídate de Bruce», que era muy distinto. Debía guardarme de ti, porque ella sabía que tú eras el cerebro de esta locura. Ella sabía que invertiste todo tu dinero y parte del de ella en esta empresa. Te negó el resto. Era muy rica, ¿verdad? Tú la heredabas al mandar asesinarla. Y todo era para ti, para convertirte en líder de este movimiento absurdo… Fuiste capaz de eso, de hacer torturar y matar a tu propia esposa para llegar a esto… ¿Qué te pasó, Bruce?

—Me cansé de un mundo que detesto y desprecio, eso es todo —replicó Vincent—. Empezó en Vietnam. Odiaba a mi país, odiaba lo que estábamos haciendo con los asiáticos.

—Yo también. Pero no se me ocurrió una locura así. Creo que alguna herida te trastornó la mente. Estás loco, Bruce, ésa es la verdad. Rematadamente loco…

—¡No! —rugió él—. ¡No estoy loco! ¡Deseo un mundo mejor, pude haberlo logrado, de no ser por ti! ¡Desde que supe que te

ocupabas de esto, temí lo peor! Pero no podrás matarme, Jerry… No puedes hacerlo en conciencia de lo que sabes. Me debes la vida… Yo te salvé en Vietnam, no puedes haberlo olvidado…

—No, nunca olvidé que me salvaste la vida en Vietnam, Bruce. Es una vieja deuda pendiente que tengo contigo. Tienes razón. No puedo matarte. No sería justo ni honrado.

—Pero yo sí puedo hacerlo. Tu vida me pertenece. Vas a morir, Jerry… a menos que te defiendas y me mates. Pero eso no puedes hacerlo. Remuerde tu conciencia…

—No, no puedo hacerlo, tienes razón, Bruce. Debo dejarte ir… e incluso dejar que me mates. De otro modo, nunca podría mirarme a mí mismo en un espejo ni considerarme un ser humano digno de tal nombre…

—¿Ni siquiera vas a disparar si yo disparo contra ti? —dudó Bruce Vincent.

—Ya te lo dije: no puedo —dejó caer su fusil a los pies, así como su pistola—. Haz lo que te dicte tu conciencia, Bruce.

—No quisiera matarte. Fuimos amigos un día. Pero has destruido mi sueño.

—Tu sueño era una locura.

—Te odio por eso. Te voy a matar, pese a todo, Jerry.

—Bien, hazlo. No te lo puedo impedir. No a costa de tu propia vida.

—Lo siento, Jerry. Lo siento mucho. No queda otro remedio… —Se dispuso a disparar a sangre fría sobre Ranko.

Y disparó.

Dos veces, tres. Las balas se hundieron en el torso de Ranko. Se desplomó dando una voltereta. Y se quedó quieto, inmóvil, de bruces en el borde del cráter apagado.

—Lo… lo lamento, Jerry —jadeó Bruce bajando el arma—. Tenía que hacerlo. Ahora ya estamos en paz: te salvé la vida un día. Y ahora te la he quitado.

Se empezó a alejar. Había otros helicópteros en la isla. E incluso canoas a motor ocultas en las playas. Sería fácil evadirse de allí.

—Tú lo has dicho, Bruce. Ahora estamos en paz. Quisiste matarme. Disparaste. Ya no te debo nada.

Se volvió, con un grito de terror. Vio a Ranko agazapado, a sus espaldas. Mirándole con una frialdad que helaba la sangre en las

venas. Alzó su arma para disparar de nuevo. Pero esta vez no tenía la menor oportunidad.

Ranko disparó su pistola desde el suelo. Lo hizo una sola vez.

La bala reventó el cráneo de Bruce Vincent. Le lanzó ladera abajo, hasta hundirse en la espesura, con crujido de ramas tronchadas. Pájaros tropicales alzaron el vuelo, chillando asustados. Luego, reinó el silencio.

Jerry Ranko suspiró, bajando la mano armada.

—Yo también lo siento, Bruce —murmuró—. Fuimos buenos camaradas un día. Pero ya no eras tú mismo. Eras un demente, un enfermo mental peligroso y homicida. Prometí esto a tu infortunada mujer, Ana —bel. Ella era buena, honrada, noble. Misión cumplida…

Se tocó el pecho, donde las balas de Bruce golpearan. Su chaleco antibalas de reciente factura, liviano pero eficaz, le cubría todo el torso. Tuvo suerte, pensó, de que Bruce disparase allí y no a la cabeza. Había sido el riesgo a correr.

Regresó lentamente. La secta estaba aniquilada. Jade Blue y los dos prisioneros, armados ahora, tenían sometidos a los escasos supervivientes, en medio de una montaña de cadáveres. Le vieron venir, observaron su gesto preocupado, sombrío.

—¿Y bien…? —preguntó Jade.

—Todo acabó —dijo sordamente Ranko—. Están muertos los dos: el Hermano Dragón y su esbirro de confianza.

—Sabía que lo conseguirías, Ranko. Sólo tú podías hacerlo —sonrió Jade.

—A veces las cosas no son tan fáciles.

—Lo sé. En la vida, nada importante es fácil. Pero dime, ¿cómo pudiste sobrevivir? Dijeron que te habían abatido en el mar, que dejaron tu cuerpo flotando en sangre…

—Y era cierto —sonrió duramente, mostrando su brazo musculoso. Una larga, profunda grieta, volvía a sangrar, desde su muñeca hasta el codo—. Esta herida sangró en abundancia. El mar se tiñó de rojo. Yo me quedé quieto. Las balas me rozaron o me golpearon en el chaleco antibalas. Fingí estar muerto, floté así durante un tiempo, hasta que el helicóptero se alejó.

—¿Cómo hallaste la isla?

—No fue difícil. Estaba a la vista, en el horizonte. Vi descender

al helicóptero, desaparecer en este cráter Nadé hasta la orilla de un islote donde contacté con unos pescadores. Me dijeron que esta isla estaba embrujada, nunca se acercaban a ella. Y la llamaban la Isla del Volcán Muerto. Alquilé una embarcación para venir hasta aquí. Me metí en la jungla, exploré la isla… Descubrí el acceso al interior del volcán. Llevaba conmigo las armas que salvé en una bolsa provista de flotadores hinchables automáticamente, como las lanchas de salvamento. Y lo dispuse todo para intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

—Eres maravilloso, Ranko —le rodeó con sus brazos dulcemente—. ¿Volvemos a Singapur?

—Sí. Volvemos a Singapur con nuestros rehenes ya liberados. La aventura se ha terminado, Jade.

—Pero ahora viene el reposo del guerrero —sonrió ella—. ¿Por qué no vienes a disfrutar de él en mi casa?

—¿Qué crees que pienso hacer cuando llegue a Singapur? —sonrió a su vez Ranko, rodeando a Jade Blue con sus brazos.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

**Listado de la colección:**

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/